



# CONCEPTO ESPIRITISTA DEL SOCIALISMO

COSME MARIÑO

**COSME MARIÑO**

# ***Concepto Espiritista del Socialismo***

El carácter de inviolabilidad que tuvo el derecho  
de propiedad debe su origen al paganismo.

El cristianismo tiende a abolirlo.

**SOCIEDAD VICTOR HUGO**

DEPARTAMENTO DE PROPAGANDA

BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© Editorial Victor Hugo  
Buenos Aires - 1960

*IMPRESO EN ARGENTINA*  
*PRINTED IN ARGENTINA*

**Edição e Digitalização:**  
**PENSE - Pensamento Social Espírita**  
*www.viasantos.com/pense*  
Março de 2011.



**Cosme Mariño (1847-1927)**

## Apuntes Bibliograficos de Don Cosme Mariño

---



“Autobiografía de un Mediocre” titula modestamente el señor Mariño un extenso trabajo inédito sobre su propia vida: trabajo que quizá escribiera para sus íntimos, sin destinarlo a la publicidad, pero que, posiblemente, será necesario que un día salga a luz, porque contiene un caudal inmenso de cosas interesantes, que no solamente permitirán conocer más a fondo su fisonomía moral, sino que contribuirán a

ilustrar los capítulos más sobresalientes de la historia del Espiritismo en nuestro país.

No sería posible definir en forma más concreta y real las características prominentes de su elevada personalidad, que transcribiendo estas sencillas palabras con que él mismo comienza el Prólogo que precede a estas sus Memorias:

“El móvil de cuanto he hecho y podido exteriorizar fue siempre altruista. Cuando he creído que una idea era buena, he tratado siempre de prestigiarla y propagarla dentro de mis limitadas aptitudes. Jamás me detuve ante una consideración egoísta o de mero interés personal, cuando con la sinceridad que me caracteriza he llegado a descubrir una idea o doctrina que pudiese servir para el progreso moral de la humanidad. Como es público y notorio, he sacrificado toda consideración personal y utilitaria, y hasta el buen concepto que pudiese inspirar a los demás, cuando he vislumbrado un camino más recto y seguro de llegar a la verdad: porque considero que la verdad, sinceramente sentida y practicada, es lo único que hace amar la vida, por su dedicación al propio progreso individual, y al colectivo.”

He aquí, trazada en breves líneas, toda la vida de Cosme Mariño: *una vida de altruismo, de idealismo, de investigación de la verdad.*

Para aquellos de nuestros lectores y correligionarios que se interesen en conocer las fechas más importantes de la vida de Mariño y de su descollante actuación en las filas del Espiritismo, anotamos brevemente los siguientes datos biográficos:

Don Cosme Mariño, hijo de don Gervasio y doña Mercedes Silva y Urrutia nació en Buenos Aires, el año 1847; sus antepasados más inmediatos fueron comerciantes, modestos, pero de irreprochable conducta y moralidad. Educado, especialmente por la madre, con sentimientos religiosos, él mismo confiesa sinceramente haber nacido para el sacerdocio, que hubo, sin embargo, de ejercer en una forma laica, o liberal e independiente.

Respondiendo a esa su inclinación natural, después de haber cursado los primeros estudios en las escuelas del Estado, pasó un año y medio en la Iglesia de San Nicolás, bajo los cuidados de su padrino, el Rev. P. Juan Figueroa. Posteriormente ingresó en el Colegio de San Francisco, cursando estudios superiores, y aprendiendo latín. Pero, como su vocación por la carrera eclesiástica fuera menguándose, ingresó en la Universidad, para cursar Derechos, teniendo como compañeros de estudios al gran Pellegrini y al doctor Pirovano.

Vinculado con sincera amistad al doctor José C. Paz, y acariciada por este último la idea de fundar un diario tendiente a impulsar el progreso del país, Mariño contribuyó en primer término a la aparición del hoy gran diario “La Prensa”, figurando gloriosamente como su primer director, el año 1869.

Exigido por su padre y hermano, tuvo, luego, que abandonar sus tareas periodísticas en esa incipiente publicación.

Estalla la epidemia de la fiebre amarilla en Buenos Aires, en 1871, Mariño tomó parte activísima en la heroica Comisión Popular, y, exponiendo su vida, combatió eficazmente el terrible flagelo: recibió, como recompensa, la medalla de oro de la Municipalidad de Buenos Aires. Otra medalla le cupo también de la Junta de Lazaretos de Santiago de Chile, como recuerdo de la participación que había tenido en el envío de recursos para las familias desamparadas a causa del flagelo.

Radicóse posteriormente, en 1874, en la ciudad de Dolores, y a poco de haber contraído matrimonio con la

señorita Mercedes Milani de Chascomús, fue presidente del Hospital San Roque de esa ciudad, desplegando una acción sumamente proficua para aquella Institución.

Fue en la ciudad de Dolores donde conoció por primera vez el Espiritismo, al que había de dedicar luego, con tanto entusiasmo, todo el resto de su larga vida. Las primeras experiencias se verificaron en casa del doctor Pedro Bourel, siendo sus acompañantes el doctor Fernández, el doctor Justo P. Ortiz, Enrique Becker, Felipe Aristegui, Alejandro Villaabrille, y el ingeniero Rafael Hernández, que fue su verdadero iniciador.

Estableciéndose, en 1879, en Buenos Aires, ingresó, a mediados de ese mismo año, a la Sociedad “Constancia”, entonces de reciente fundación.

Su actuación en el seno de “Constancia” es de público conocimiento: después del primer año de su ingreso en la misma le fueron confiados puestos importantes y dirigentes, y fue así que en el año 1881 tomó a su cargo la Dirección de la Revista del mismo nombre, siendo elegido, también en ese año, presidente de la Sociedad; ambos cargos ha desempeñado, sin interrupción, durante 46 años.

Desde las columnas de “Constancia” o bien alquilando páginas en otros diarios (“La Prensa”, “La Nación”, “El Nacional” etc.), el señor Mariño ha salido en defensa de la doctrina espiritista, toda vez que ella fuera atacada o desnaturalizada. Ha sostenido polémicas memorables con los diarios católicos, como ser “La Unión” y “La voz de la Iglesia”; controversias espectaculares con médicos, psiquiatras y dignatarios de la Iglesia; inició la propaganda



metódica del Espiritismo mediante las Conferencias públicas, y durante muchísimos años ha sido el más autorizado e infatigable conferencista.

Sus iniciativas en beneficio de la Sociedad “Constancia” y del Espiritismo en general han sido múltiples y a cual más importante, mereciendo citarse en primera línea la de asegurar al Centro un local propio, la obtención de la personería jurídica, y la fundación del Asilo Primer Centenario para niños desvalidos, que tuvo la dicha de ver inaugurado hace apenas dos años.

Su labor intelectual fue muy intensa. A parte de la revista “Constancia”, en que durante tantos años ha venido publicando toda clase de artículos interesantes sobre filosofía y moral espiritista, y además de las innumerables conferencias dadas dentro y fuera del local social, el señor Mariño ha dado a la luz pública los siguientes libros:

*“El Espiritismo”, “El Espiritismo ante la Ciencia”, Bases para la formación de un Partido Democrático Liberal”, “El Espiritismo al alcance de todos”, “Pruebas concluyentes de la existencia del alma”, “Reglas para la formación de Centros Espiritistas”,* (en colaboración con el doctor Ovidio Rebaudi): *“Lo Ideal en lo Real”*, drama inspirado en la célebre novela de T. Gauthier “Espirita”, y representado por la Compañía Galé en el teatro Victoria de esta capital, el año 1893; *“Cartas de Julia”*, (versión del libro de W. Stead, y comentadas por el traductor); *“Catecismo de moral y religión”* traducido del francés, original de Bonnefont; *“Las Primeras Golondrinas”* (novela), obra postuma. Pueden considerarse como una producción importante de Marino, los apuntes que ha venido publicando en la revista “Constancia” sobre los

principios y el desarrollo del Espiritismo en la República Argentina, que seguramente están destinados a servir como fuente de fidedigna información para cuando tenga que escribirse una detallada historia de nuestro credo en este país.

Don Cosme Mariño fallece a los 80 años de edad.

**A. D.**

*Fuente:* El Espiritismo en la Argentina, *Cosme Mariño*, Editorial Constanca, Buenos Aires - Argentina, setiembre del año 1963.

## Nota de los Editores

---

*El espiritismo, así lo demuestran los hechos, está llamado a encauzar la conciencia humana hacia un nuevo significado acerca de las dos grandes realidades que mueven el desenvolvimiento general de los pueblos: la realidad espiritual y la realidad social. Para confirmar este aserto damos a la publicidad este magnífico trabajo doctrinario de Cosme Mariño, una de las más grandes figuras del espiritualismo espírita de América latina, cuya pluma supo exponer con envidiable claridad la manera de encarar los fenómenos sociales y el significado, que poseen la sociedad y la historia a la luz del espiritismo.*

*Con el presente estudio deseamos poner de manifiesto la parte más desconocida de Cosme Mariño, aspirando que su pensamiento espiritista y social sirva de norma y orientación a los estudiosos de la doctrina espírita en un momento de la historia en que el espiritismo deberá entrar en la lid humana, para encauzar los problemas sociales y espirituales por un camino nuevo y revolucionario. Cosme Mariño era pues un adelantado de las ideas progresistas; por eso su pensamiento y su pluma, crítico y filosófico siempre, resultará de gran actualidad y resonará muy hondamente en la conciencia contemporánea y del futuro. No en vano el kardecismo tuvo en él a uno de sus más preclaros representantes cuando aún era un exabrupto pronunciar la palabra espiritismo.*

*Su obra, prematura para su tiempo, se hace presente en la hora actual señalando la gran visión ideológica y espiritual de la filosofía espírita. A medida que el proceso histórico se acentúa, Cosme Mariño irá cobrando actualidad y su labor doctrinaria será recogida por las nuevas*

*generaciones que, sin duda alguna, participarán en la gran transformación espiritual y social del mundo. En una palabra: el pensamiento de Mariño se presenta lleno de promisoras esperanzas para el espíritu humano. La presente publicación está dedicada a los fundadores de la Sociedad Espirita Víctor Hugo, Antonio Rodríguez Díaz y Aurora Gálvez, como unafectuoso homenaje espiritual al inaugurarse en Buenos Aires su nueva sede social.*

## **CONCEPTO ESPIRITISTA DEL SOCIALISMO**

REFUTACIÓN AL SERMÓN PREDICADO EN LA  
CATEDRAL POR MONSEÑOR MIGUEL D'ANDREA  
SOBRE EL SOCIALISMO Y LA FAMILIA

***Conferencia dada en la sociedad "Constancia"  
por Cosme Mariño, el miércoles 16 de julio de 1913.***

---

Señoras y señores:

Ahora que el socialismo empieza a prosperar entre nosotros, conviene que nos ocupemos de tan importante cuestión, porque esta rama de la sociología es también del resorte del espiritismo.

Van ya para treinta años que el socialismo empezó a divulgarse entre nosotros, pero no en su faz política que ahora afronta con entusiasmo y éxito, sino en su faz teórica o filosófica. Los que iniciaron este movimiento eran en su mayoría extranjeros y, como éstos no querían hacerse ciudadanos argentinos, no podían influir de una manera práctica y positiva en las funciones del gobierno. Por lo tanto, sus teorías no pesaban ni poco ni mucho, en la marcha política del país.

Poco a poco fueron ingresando en la asociación elementos nativos, por lo general salidos de las facultades de medicina y de derecho; éstos iniciaron una propaganda enérgica entre los afiliados, a fin de convencer a los teóricos de que, en la forma en que se orientaba el socialismo, no podía dar los resultados apetecidos. Ellos querían influir en la política militante, presentarse en los comicios como un partido con programa y fines definidos, a fin de que, andando el tiempo, consiguiesen estar representados en el congreso, pues la prédica filosófica que se hacía no podía probarse si no en la acción eficaz de los comicios y parlamentos.

Hombres como los doctores Julio Árraga, José Ingenieros, Nicolás Repetto, Adrián Patroni y muchos otros

argentinos patrocinaban una intervención eficaz en la cosa pública. Los extranjeros se fueron convenciendo de que, efectivamente, sus principios en muy poca estima se tenían y que estaban vegetando en la sombra, tanto porque ellos en su calidad de extranjeros, carecían de toda autoridad para hacer propaganda positiva de sus principios, bien poco conocidos entonces y, por lo mismo, generalmente mal comprendidos y mistificados por la ignorancia del pueblo y por las falsas y malévolas inventivas de los que se verían perjudicados en sus tendencias sectarias o en egoísmos inconfesables, cuanto porque, mostrándose en esa actitud pasiva, carecían de los medios naturales para la modificación de las leyes injustas y la sanción de otras más en armonía con el desarrollo social económico y conducentes a poner vallas eficaces a la desenfrenada avalancha del capital, que tendía a hacer de los hombres meras bestias de carga, precisamente en el momento histórico en que la clase trabajadora más necesitaba salir de ese estado de abyección y servidumbre para presentarse como ciudadanos libres, conscientes de sus derechos y con los medios necesarios para el lleno de todos sus deberes sociales.

Los extranjeros socialistas, pues, empezaron a ceder en su intransigencia, y aún cuando existen todavía muchos a quienes les repugna hacerse ciudadanos argentinos, éstos son generalmente anarquistas, que como se sabe niegan a Dios, la patria y la religión, proclama la fraternidad universal, pero siempre entendiendo la fraternidad entre los que comulgan con sus ideas, pues a los otros, aunque son la inmensa mayoría humana, los odian con aquel odio del fanatismo y sectarismo que tanta sangre ha costado y que seguirá derramándose hasta que desaparezcan estos elementos anárquicos, por el triunfo definitivo del amor y de la verdadera democracia.

Nuestras simpatías han estado siempre por el socialismo, porque como hemos dicho, dentro de los principios del espiritismo cabe el socialismo, supuesto que la doctrina revolucionaria de Jesús es esencialmente socialista. “Amaos los unos a los otros, dijo Jesús, porque todos sois hermanos, hijos de un mismo Padre”. Por otra parte, afianzaba los principios en que se afianza la democracia moderna, proclamando la libertad y fraternidad de los hombres. El socialismo no proclama la igualdad absoluta<sup>1</sup>, sino más justicia en la distribución de los bienes de la tierra, porque éstos no son propiedad de ninguna raza, pueblo u hombre, sino de la naturaleza que los da a todos sin excepción, con la misma prodigalidad de una madre cariñosa; el socialismo pide más justicia en la distribución del capital, porque el capital es el producto directo del trabajo de todos; y son los que más contribuyen a su formación, los que en todo tiempo han sido víctimas del egoísmo de los más fuertes, de los que se han erigido en superhombres, apoyados en la debilidad y la ignorancia del rebaño humano.

El socialismo, pues, bajo su faz económica y con las reglas morales que establece para dignificar y elevar a la clase trabajadora, no puede por menos que orientarse en los mismos principios del espiritismo. Pero el espiritismo va mucho más lejos, porque no se limita a la faz económica, sino también a la faz espiritual, proclamando las doctrinas filosóficas que explican y fundan el derecho legítimo de todos los hombres a la vida y, por lo mismo, a no carecer de los medios indispensables para vivirla dignamente, en armonía con las capacidades de cada ser. A cada uno según sus necesidades y aptitudes, ha dicho un socialista, y así debe ser: el hombre que tiene más aptitudes y mayores ne-

---

<sup>1</sup> En su faz inicial.



cesidades, no puede igualarse con el que tiene menos o ninguna; pero sin embargo, esto no debe ser óbice para dejar de garantizar la vida de todos los hombres en los países que blasonan de cristianos; al ocioso que se niega a contribuir en mancomunidad con los demás hombres, pretendiendo constituirse en el zángano de la colmena humana: a éste, sea pobre o rico, hay que considerarlo como enfermo espiritual, susceptible de mejoría; y para esta clase de hombres deben fundarse reclusiones o sanatorios en donde cumplan una tarea gradual a fin de curarlos de su desidia y aprendan a no ser gravosos a la sociedad cuando tienen como todos facultades, que sólo les falta desarrollo y el concepto de una idea más exacta de lo que es la dignidad humana apoyada en el sentimiento del deber.

Todas estas ideas las sustenta el espiritismo, pero si los espiritistas por lo general, no son militantes ni se afilian al socialismo, es porque éste limita su programa a la faz económica y se desentiende del estudio de la personalidad humana; no se abroga el estudio de los problemas trascendentales del “por qué de este mundo” y del “por qué de la vida”; no se detiene a estudiar la razón de las desigualdades sociales, y si entra en este terreno es para apreciarlo todo, desde el punto de vista de este limitado mundo y, con esta lógica y punto de mira, resulta que el mundo es un tejido de contradicciones y el más grande absurdo; y con estas falsas apreciaciones desconocen el pasado del hombre y la verdadera causa de las miserias e injusticias; ignoran que éstas, en su mayoría, vienen de un pasado y es ese pasado el que hay que estudiar, porque en él se encuentra la explicación clara de las causas que originan los caprichos aparentes de la suerte, la crueldad de muchos destinos humanos y todas esas aparentes contra-

dicciones e injusticias, que bien estudiadas, resultan de, una lógica y sabiduría admirables.

Limitado el socialismo a trabajar por él derrocamiento de instituciones vetustas, fundadas en la arbitrariedad y la fuerza, siempre desde el punto de vista económico, descuida cuando no niega en absoluto, que existe una base más grandiosa y natural que el principio de justicia.

Conformes con él en último resultado, pero este principio de justicia ¿en qué lo apoyan? ¿Tiene una base sólida, inmovible? Según nuestra modesta opinión, no la tiene ni para los socialistas, ni para la burguesía egoísta que defiende sus privilegios arraigados de siglos, escudada en la ignorancia y la perversión de los pueblos.

Los grandes pensadores materialistas opinan que este mundo, tal como está hecho, es el resultado de una cruel injusticia y del mayor de los absurdos. Este concepto del mundo nada importaría si el hombre esperara una existencia más real de esta vida, si tuviera fe en una justicia absoluta que en definitiva corrigiera o pusiera a raya la mezquina cuanto imperfecta justicia de los hombres.

Pero, si el socialista se aferra en sostener que todo concluye con la vida material, ¿con qué derecho obligar a los burgueses, que por medio de la fuerza se han apoderado de los capitales y son los gozadores del mundo, con qué derecho, digo, exigirles que sean más humanos, si el principio que reconocen está basado en que el mundo es de y para los más audaces y fuertes?

Si somos el producto del absurdo y de una injusticia, si el que no tiene garras de león debe sucumbir porque su

mísera existencia es más bien un obstáculo que una fuerza concurrente a los fines de la vida, ¿por qué se ha de pedir al león un reparto de los bienes de que se ha adueñado, un sentimiento de equidad y de justicia, si la justicia es la palabra más hipócrita de la que los hombres hacen uso para el dominio del mundo?

Nietzsche, el gran pensador ya lo dijo: el mundo es de los más esforzados, de los de mayor energía para dominarlo y colocarlo bajo sus plantas. Llegar al superhombre, ¡he ahí el gran ideal de la humanidad! Pero el superhombre en este caso no es el más virtuoso, el más inteligente, sino el que emplea mejor sus fuerzas para avasallar a los débiles, el que se levanta sobre los despojos humanos, el que se vale mejor de su inteligencia y astucia para dominar las multitudes dóciles a fuer de ignorantes y abyectas; ese es el que merece el triunfo, ese es el único que tiene derecho a la vida, ese es el superhombre. Así lo proclama Nietzsche, y si Nietzsche no lo dijera, ahí está la humanidad contemporánea poniendo en práctica esos principios.

Luego, pues, ¿en qué principio estable de justicia puede fundarse el socialismo para filosofar y predicar la redención del esclavo, para romper las cadenas que hacen todavía del hombre una bestia de carga? ¿Cómo puede ser un fundamento sólido que haga meditar y pensar, que entusiasme a los hombres, esta base de socialismo: justicia si todos somos hijos de la injusticia, si esa palabra ha sido inventada por los más fuertes para detener las legítimas aspiraciones de los más débiles? ¿Tendremos que convenir que las palabras han sido dadas al hombre para disfrazar sus pensamientos?

No, el socialismo que tiene grandes y elevados ideales, que quiere más humanidad, más fraternidad para con los desheredados de la fortuna, debe seguir a Jesús y proclamar con él, que todos los hombres son hermanos y por lo tanto deben tratarse como hermanos y matar al superhombre que representa en la vida el león de la fábula: la audacia y la fuerza sobre la justicia y el derecho.

El socialismo, repito, no puede sustentarse sobre una base sólida cuando ese fundamento, la justicia, está en abierta con tradición: es absolutamente opuesta a la moral creada por el materialismo; moral que carece de una sanción digna de las grandes aspiraciones humanas, que se limita a los convencionalismos, que es una verdad y un deber para los débiles y los desgraciados y una audaz mentira para los fuertes y los gozadores del mundo.

El socialismo que en definitiva triunfará, ha de ser el que mejor pruebe la razón de su existencia, el que explique clara y lógicamente su fundamento y que éste sea inmovible para resistir los embates de las fuerzas parasitarias y conservadoras; el socialismo para que pueda desarrollar prácticamente su hermoso y humanitario programa tiene que preparar sus huestes con otras ideas y sentimientos, con otra moral más fundamental y lógica; tiene en fin que resolver primero estos eternos problemas: de dónde venimos, qué es lo que somos y hacia dónde vamos.

Mientras el socialismo se base en un derecho que la práctica de la vida lo hace ilusorio, en una justicia humana que no es el reflejo ni la consecuencia de una justicia absoluta, sanción final de las acciones humanas, no podrá llegar a la meta de sus aspiraciones, es decir,

no conseguirá edificar la nueva Sion, donde reine la verdad y el bien.

El espiritismo es la única doctrina científica y filosófica que puede hacer la felicidad real de los hombres, porque él descubre el porqué de las desigualdades sociales, puesto que funda su altruismo en el amor a la humanidad y explica con Jesús este amor, señalando los vínculos espirituales que unen a todos los hombres, porque son hijos de un mismo Padre.

Pero el socialismo al apartarse del cristianismo que es donde está el fundamento de su doctrina y reconocer en la justicia humana el punto de partida de sus ideales, ha levantado su edificio sobre cimientos de arena y por eso, el día que triunfe definitivamente, llevando a la práctica sus principios, se derrumbará estrepitosamente, causando la anarquía social.<sup>2</sup> Al hacer esta afirmación tenemos razones de todo orden: la historia en primer lugar que nos señala de tiempo en tiempo, los cataclismos de las doctrinas que han fracasado por haberse llevado a la práctica cuando los mismos hombres que las sacaban triunfantes ignoraban la magnitud de sus concepciones y carecían de la preparación necesaria para arraigarlas definitivamente.

Tenemos también razones de orden filosófico y de orden científico que hemos de demostrar en el curso de esta conferencia. Ser materialista y socialista a la vez es un contrasentido.

---

<sup>2</sup> De ahí la llamada dictadura del proletariado, o sea, el socialismo impuesto por la fuerza a quienes carecen de valores éticos para reconocerlo como una realidad natural. (N. de la E.)

El materialismo como ideal que deba prosperar en el mundo, no ha conseguido jamás en la práctica formar escuela. Los mismos materialistas no se animan a proclamar sus ideas como un ideal de felicidad y perfección; los más fanáticos y exaltados viven contradiciendo sus teorías en la vida ordinaria, transigiendo con el espiritualismo y practicando a veces el ideal cristiano.

Los otros que son la mayoría, se limitan a exponer sus ideas aisladamente, pero sobre uno que otro pensador como Büchner, Schopenhauer y Nietzsche que han escrito libros basados en la observación del mundo y de los seres, esforzándose en dar a conocer la realidad de éstos, no como son en sí mismos sino como aparentan ser; ninguno vive en un absoluto acuerdo con las ideas que proclama, felizmente para la humanidad y, cuando han logrado enervar y pervertir a los pueblos, conduciéndolos a la práctica de los más groseros sensualismos, cuando les han hecho perder la fe y la esperanza en los ideales superiores y trascendentales, entonces hemos visto preponderar en las muchedumbres la barbarie y la bestia humana ha surgido con todos sus instintos feroces, dominando todas las aspiraciones del hombre como sucede en la época presenté.

Pero estas épocas no duran, no han durado jamás. Cuando una religión ha dejado de ser el norte o guía de las acciones humanas (porque los hombres la han pervertido), una nueva ha surgido con ideales más elevados y con la fuerza suficiente para levantar al hombre de su postración moral, infundiéndole nuevas esperanzas y energías y haciéndolo evolucionar por sendas hasta entonces ignoradas. Ejemplo, el cristianismo, sin cuya oportuna aparición el mundo de Occidente no hubiera surgido del fondo del abismo a que lo habían llevado sus errores y desaciertos.

Más tarde, cuando; las religiones nacidas del cristianismo que habían servido de sostén espiritual a las naciones que la aceptaron, se desprestigiaron a impulsos de sus propios desaciertos y la ciencia las llamó ante el tribunal de la opinión para que probaran sus dogmas: cuando todos los hombres cansados de mistificaciones y engaños en los cuales habían creído, decían, a las iglesias: probadnos la existencia del alma y creeremos en ella, entonces fué que providencialmente apareció el espiritismo, trayendo la prueba exigida por la ciencia positiva.

Así pues, el materialismo, cuando ha querido en alguna época definitivamente imponerse, al momento ha venido el contragolpe de lo alto, y ha librado a la humanidad de la depravación, del retroceso, de la anarquía, del caos; y es así como se demuestra que la humanidad tiene una Providencia que jamás la abandona y cuando cae, al impulso de sus culpas y errores, al instante ésta se hace sentir y le infunde nueva sangre moral por medio de sus Mesías y reformadores.

Hemos dicho más antes que el socialismo con sus ideas materialistas no tiene base moral suficiente para hacer triunfar definitivamente sus nobles ideales. Necesitamos demostrar esta afirmación. Vamos, pues, a intentarlo.

El socialismo, como ya dijimos, se funda en un ideal de justicia, pero este ideal no es una base sólida, porque para exigir del hombre que practique la justicia, es necesario primero que ese deber se relacione íntimamente con su razón de ser y existir en el mundo.

Si el hombre considera que su actuación en este mundo es obra de la casualidad o de un destino tan ciego

como la misma naturaleza que lo engendra, si sus acciones y sentimientos sean buenos o malos, heroicos o abominables no tienen ninguna sanción ulterior a esta existencia fugaz y que muy bien podría considerarse un soplo, comparada con la eternidad; si todo esto fuera verdad ¿dónde está la razón de esa justicia que se quiere exigir al hombre que nacido del caos y de una notoria injusticia, le ha tocado el mejor lote en la vida?

Pero si ellos dicen que este mundo está mal hecho, que es un absurdo que no ha mediado en su formación un ideal de amor y de justicia, que todo es egoísmo, que todo es un dédalo de contradicciones, oscuridad y misterio, si los socialistas proclaman que las acciones humanas, tanto las buenas como las malas, los sacrificios, los sufrimientos, las abnegaciones, todo esto, sólo tienen realidad dentro del limitado horizonte que media entre el nacimiento y la muerte; si las injusticias sociales y lo absurdo de la existencia humana, son consecuencia de la injusticia fundamental de la naturaleza misma y nada justifica que en alguna parte se ha de obtener reparación y compensación proporcional por los males sufridos y méritos conquistados, y si son ilusorios nuestros afanes de perfección y felicidad ¿cómo, entonces, desconocer el egoísmo como el móvil más razonable y lógico en el que se basa el superhombre, y quién nos garante que si los socialistas consiguieran de pronto el triunfo definitivo de su causa, no se convirtieran ellos en burgueses, ocupando naturalmente los actuales el puesto inferior que dejaran?

Y esto sería lo razonable y lógico. Cuando el amor o la fraternidad no son los móviles de las grandes causas, cuando se carece de la elevación moral y del altruismo indispensable para no abusar de las ventajas que



proporcionan las altas posiciones en que el hombre se halla colocado, cuando, en una palabra, el egoísmo se sobrepone a todo sentimiento de equidad y de fraternidad, no es posible fundar las instituciones y exigir de los que tienen la fuerza y el poder que cumplan honradamente sus promesas de cuando luchaban desde abajo, exigiendo una justicia distributiva.

No debe olvidarse jamás que es el sentido moral, basado en el amor de todos los hombres sin excepción, lo único eficaz para, el establecimiento definitivo del socialismo en el mundo, también debe tenerse presente que los socialistas (hablo en general) no tienen mejores ideas y costumbres morales que los de la burguesía.

Por lo tanto, no podemos esperar de ellos una aplicación mejor de sus principios, que la que hacen los burgueses de los suyos, porque también de los burgueses si se les oye, saben explicar su actuación en la vida y presentan programas tendientes a hacer la felicidad de los hombres y hasta hacen gala de sentimientos religiosos en los cuales creen fundarse para explicar la justicia de sus proceder.

Y estas reflexiones no son simples conjeturas, es el resultado de la observación y del conocimiento de la historia humana. ¿No nos dice la historia, por ejemplo, que la iglesia cristiana, después de haber luchado tres siglos por el triunfo de su ideal y de haber fecundado la tierra con la sangre de sus mártires, cuando Constantino legitimó su triunfo y la hizo oficial, ésta de perseguida se hizo perseguidora? ¿No demostró entonces la misma zana para perseguir y derramar la sangre de los que no opinaban como ella, que la que había empleado su enemigo el paganismo? ¿No nos dice la historia que la

Revolución Francesa, que entrañaba un ideal puro de libertad y justicia, el día que echó abajo los tronos y proclamó la libertad, la igualdad y la fraternidad, esos hermosos principios se convirtieron en despotismo, odios e injusticias? ¿Y todo esto qué nos enseña?

Simplemente: que una cosa es sustentar ideales nobles y otra cosa es llevarlos a la práctica; simplemente que para realizar una evolución radical en las instituciones y las costumbres se necesita ante todo la capacitación de las masas y el desarrollo de cierto sentido moral, para que los nuevos ideales no se practiquen en provecho exclusivo de los vencedores y en perjuicio de los vencidos, porque si la libertad y la práctica de la justicia han de servir en provecho exclusivo de los que las proclaman y no para todos, esa no es libertad ni justicia sino despotismo y esclavitud ejercitada hoy por una oligarquía triunfante que la revolución o la evolución lleva al poder contra la oligarquía vencida.

Pues bien, otro tanto sucedería al socialismo el día que sus *leaders* consiguieran realizar todas sus aspiraciones, no teniendo otra moral que la que se deduce del materialismo, pues por lo mismo que esas aspiraciones son grandiosas y nobles y representan un grado de progreso intelectual y moral, es indispensable que aquellos que quieran implantarlas tengan ese mismo desarrollo, para que esa evolución quede definitivamente incorporada a las instituciones y costumbres de los pueblos y no sea el punto de partida de nuevas perturbaciones y anarquías.

Con la moral materialista ningún progreso estable puede realizarse, porque como ya hemos dicho, esa moral no tiene sólido fundamento ni un objeto lógico y racional.

No quiero decir con esto que dentro del materialismo no haya hombres de un intensísimo sentido moral y bien intencionados, pero éstos son los menos, pues la experiencia nos enseña que con esas creencias las naciones, cada día que pasa, tienen necesidad de nuevas cárceles, policías y leyes restrictivas y que, gracias a estas tristes instituciones que nos revelan un estado de barbarie cubierto con refinamientos de civilización, gracias a ellas, digo, podemos transitar nuestras calles con alguna seguridad, sin temor de ser asaltados y que hasta cierto punto se nos garanticen nuestros derechos.

Pensemos, señores, en que si se suprimieran la policía y las cárceles no habría garantías para la vida y la propiedad; la vida entonces, no sería posible y el orden y la poca cultura que poseemos desaparecerían sin el temor al castigo, resultando al fin, el desborde de todos los instintos sanguinarios, sensuales, pérfidos, egoístas que están comprimidos por la amenaza del castigo y de la deshonra social.

Nosotros los espiritistas tenemos un aforismo que simboliza fielmente los ideales que perseguimos; nosotros decimos: “donde el amor impera, todas las leyes sobran”. Y este es el ideal que nos guía: hacer que el amor una a todos los hombres y a los pueblos en indisoluble lazo, que el sentimiento de solidaridad se extienda por el mundo, como se extiende el de la solidaridad de intereses materiales, que se practique, en fin, el pensamiento que informa estas sencillas palabras de Jesús: “Amaos los unos a los otros, porque en esto sólo consiste la ley y los profetas”. Esto debe ser el punto de partida de un socialismo que aspira a mejorar las condiciones de habitabilidad del hombre en la Tierra, porque esta base es incommovible, en ella radica el principio de la libertad y de la relativa igualdad a que podemos aspirar.

Pero si el socialismo quiere el advenimiento de una edad de justicia haciendo consistir únicamente el mal social en el acaparamiento del capital y de la riqueza por los superhombres de que nos habla Nietzsche, si no interviene para nada el parentesco espiritual que debe unir a la humanidad entera, entonces la lucha se empeña entre los que, validos de la fuerza y de la astucia, mantienen instituciones y leyes condenables y los que, de abajo sufriendo las injusticias del superhombre que es el rey del mundo, trabajan por constituir la sociedad de modo que ellos también puedan tener un cubierto en el banquete de la vida.

Pero como el fundamento de su sistema no es el amor, como ni reconocen el sentimiento de solidaridad sino entre los afiliados y lo niegan para sus contrarios, resulta que el día del triunfo definitivo del socialismo sobre las viejas instituciones sería como en la Revolución Francesa, el día del imperio absoluto de la clase trabajadora sobre la capitalista viniendo a concluir en definitiva que los parias de hoy serían los gozadores del mundo y éstos los parias de la nueva era.

Por eso y para que el socialismo haga su jornada que sea provechosa para todos, el espiritismo lo basa en el parentesco espiritual de todos los hombres, porque el día que todos los hombres se amen y se protejan conforme a ese precepto cristiano, cederán de buen grado unos sus privilegios y los otros depondrán sus odios, olvidarán las ofensas recibidas como tradición funesta que nos ha legado el egoísmo y la ignorancia, propias de las humanidades atrasadas e imperfectas, como lo es aún la nuestra.

El espiritismo proclama la igualdad de todos los seres humanos y funda esta igualdad en que el espíritu que anima

a todos los hombres es igual, porque tiene el mismo origen. El espiritismo no reconoce privilegios en la creación; todos los seres tienen un mismo principio, todas las mismas facultades, los mismos medios y los rige las mismas leyes invariables y eternas para conquistar su felicidad y perfección y todos se encaminan hacia un fin único, evolucionando por medio del desarrollo de esas mismas facultades que todos han recibido con la vida inmortal; cada ser es una mónada espiritual, igual a las demás y la diferenciación que observamos no proviene de desigualdades de facultades y medios, no procede de que esa chispa anímica, emanación divina sea en sí imperfecta, porque de Dios no puede salir nada que no sea perfecto ni tampoco puede suponerse ninguna gracia especial, ninguna distinción enojosa para con algunos de sus hijos,, supuesto que esto sería no sólo una falta de amor sino una gran injusticia.

Pero se preguntará sin duda: ¿a qué se debe las desigualdades, las injusticias de la suerte o del destino, los sufrimientos que para unos es el lote de herencia que reciben al nacer y que los acompañan desde la cuna al sepulcro, y la felicidad y los goces que para otros parece que fuera un privilegio concedido por un dios parcial e injusto? A lo que nosotros contestaríamos: esas diferenciaciones de aptitudes, inteligencia, sentido moral, índoles diversas y esas tan variadas y distintas posiciones de los hombre en el mundo, desde el que nace tullido y ciego hasta el que sufre las mayores injusticias de la suerte y de sus semejantes, sin que se pueda comprender la justicia que explique estas situaciones —, todo esto no proviene de una desigualdad originaria en la creación de los espíritus, sino del pasado de éstos, de que no todos han nacido o sido creados en una misma época, y sobre todo del libre albedrío, pues los espíritus cuando

ya son conscientes, siguen el camino que consideran mejor; y es en la elección o necesidad de adquirir experiencia por sí mismo y en la ignorancia por falta aún del desarrollo de las facultades espirituales y también del estacionamiento en que incurren algunos, deteniéndose en mitad, del camino a causa de las pasiones y los vicios que se adquieren; por todo esto, resulta la desigualdad y variedad entre los hombres.

Las diferencias notables que existen entre las épocas del nacimiento a la vida consciente de todos los seres y el libre albedrío, que es una condición esencial del mérito y responsabilidad de los actos, son las principales causas de las diferenciaciones que notamos en la humanidad. Mientras unos se estacionan, otros siguen su marcha ascensional hacia la conquista de los gráneos destinos.

Fundado en estos principios, el espiritismo ha encontrado no sólo la justicia sino la bondad divina, y es únicamente a este precio que Dios existe, porque si no se pudiera demostrar la lógica y consecuencia de estos atributos, necesariamente Dios no existiría, como no existe para el ateo, porque ninguna religión o filosofía ha podido darle la razón fundamental de su existencia.

Los materialistas y ateos, no niegan estos principios fundamentales porque posean los fundamentos de su negación, sino porque juzgando la creación desde el punto de vista que ocupan en ella, no encuentran ni justicia, ni lógica, ni armonía; el error en que incurren estriba en una concepción falsa y a veces incompleta del Génesis, y además, en la falta de lógica e ilación que notan entre lo que siempre han enseñado las religiones positivas y en la observación del mundo, considerada a la simple vista.

Para resolver esta cuestión no podemos encararla únicamente contando con la observación de nuestro mísero planeta, porque sería lo mismo que tratar de darnos cuenta exacta de una obra de muchos tomos con la lectura de uno que no fuera ni el primero ni el último. Y esto es lo que pasa cuando, al querer penetrar en el misterio de la creación, tomamos como base y guía esencial los conocimientos truncos que nuestro mundo puede proporcionarnos.

Según nuestra doctrina, cada uno es hijo de sus obras. Los buenos, los inteligentes, lo son porque en sus pasadas existencias han luchado contra la ignorancia y las imperfecciones; toda su felicidad presente se debe a que han adquirido experiencia, han luchado, han sufrido y han pagado sus deudas contraídas en la evolución que hacemos todos, pasando por mundos inferiores como el nuestro, en los cuales, si bien se recogen laureles, también espinas, con el contacto de las impurezas de la materia y sus instintos, y los malos, los ignorantes, los desgraciados pagan hoy las consecuencias de su atraso y de sus faltas de vidas anteriores.

Todo el afán del hombre en estos mundos inferiores se circunscribe a restar deudas pasadas, en alivianarse del peso de la culpa, para en adelante volver a la vida libre de los obstáculos que opone el pasado en forma de fatalidad o destino, y en el camino expedito poder dedicar las nuevas existencias al propio perfeccionamiento del espíritu.

Resulta pues que las desigualdades del hombre provienen de su ignorancia, imperfecciones y del estancamiento en que algunos permanecen por su propia y deliberada voluntad, sin desarrollar las propias energías para desarraigar los sensualismos, vicios y pasiones brutales.

Estos estados anormales traen como consecuencia necesaria los dolores y sufrimientos, la ausencia de la verdadera dicha; pero estos estados son transitorios, depende de nosotros mismos el pasarlos pronto, una vez que adquirimos el conocimiento de que es el atraso lo que los produce y es nuestra insistencia en el mal lo que les da el carácter de estables.

Esto también nos prueba de que el mal y la imperfección no son eternos y que, como hemos dicho, únicamente de nosotros depende vernos libres de ellos. Naciendo pues, todos del amor infinito y resultando que del amor infinito no puede salir nada que no sea para la perfección, y considerando además, que no existe entre nosotros desigualdades de origen, resulta que todos somos hermanos de la gran familia humana y por lo mismo todos debemos ayudarnos mutuamente.

Si los socialistas, pues, sentaran su doctrina sobre esta base inmovible, si no vieran en los que gozan únicamente los usurpadores de derechos que a ellos les corresponde y si hermanos extraviados por el poder de la fuerza y del egoísmo que hay que reducir a un estado en que racionalmente reconozcan la injusticia con que proceden; si reconocieran que siendo la humanidad solidaria en sus orígenes y sus fines, todo el bien como todo el mal que existe en el mundo, es la obra de todos, pues ningún socialista podría asegurar que él, en existencias anteriores, habiendo nacido con riquezas y poder no haya hecho otro tanto de los que ahora gozan de ese mismo poder y esas riquezas, porque ninguno puede afirmar que el punto inicial de su doctrina no se funda en un sentimiento egoísta, apremiado por la necesidad, aparte de que también los guía un sentimiento de justicia, si por último, no trataran



de cavar un abismo entre los capitalistas y los trabajadores por medio del odio de clases que es lo más antifraterno y anticivilizador, porque ese odio será siempre la barrera que separará a los pueblos e impedirá que el socialismo se arraigue como una verdad incommovible, allanando todas las susceptibilidades, haciendo penetrar en el corazón de los poderosos la razón augusta que la informa.

Entonces, señores, el socialismo triunfará definitivamente del superhombre y éste abatiendo su arrogancia y su egoísmo, proclamará la nueva verdad, como fundada en el amor recíproco, en la verdadera solidaridad humana.

Los espiritistas son socialistas, pero su socialismo se funda en el amor verdadero que debe existir entre todos los hombres; de este amor así considerado, fluye naturalmente el sentimiento de justicia.

La justicia que no se origina en el amor, podrá ser una simple consecuencia, pero en el terreno de las conveniencias ningún principio altruista se esclarece, porque lo que es una conveniencia para los socialistas no lo es para los burgueses y viceversa. De ahí la necesidad de fundar el socialismo en un principio más elevado, más verdaderamente altruista, y este principio es el amor.

Si el socialismo pide la modificación de las condiciones precarias de la clase trabajadoras; si está en su derecho el exigir a los ricos menos egoísmo, a las leyes más equidad y justicia y a los gobiernos menos indiferencia por su suerte, debe empezar por declarar que estas peticiones y exigencias se basan en la fraternidad humana, porque si es verdad que somos todos hermanos, no es justo que los hermanos pudientes mirena los hermanos miserables como

extraños, como si ningún vínculo social y moral los uniera, y mucho menos cuando esos pudientes, por lo general, se proclaman religiosos, verdaderos cristianos con palabras enfáticas y con formulismos más o menos sinceros.

Si el mundo es del más fuerte, si los que no tienen garras para llegar al superhombre carecen del derecho a la vida, como lo afirman las ideas corrientes materialistas, ¿cuál es la justicia que se quiere hacer triunfar en el mundo, que según ellos es el producto de la más grande injusticia?

Entonces, señores, ¿qué clase de justicia se proclama? ¿Por qué clase de derechos se trabaja si no puede haber justicia para la boca de los que sufren miserias por su triste suerte y sólo existen derechos para los que tienen la riqueza y se abroquelan en un cerrado egoísmo? Por eso hemos visto siempre que los que en una época han clamado por la justicia y sus derechos, cuando ellos se han colocado en la altura lejos de aplicar a sus verdugos los mismos principios de justicia y respetar sus derechos, por el contrario, con odio intransigente y fanático los han aniquilado en venganza y en nombre de la libertad, de la patria, de la humanidad entera.

Y esto siempre se ha cosechado por falta del verdadero amor cristiano, porque hemos desconocido nuestro origen espiritual, porque no nos hemos tratado con amor, como verdaderos hermanos.

El materialismo, pues, bien considerado es la negación de todo socialismo que no se funde en el amor cristiano. No se puede exigir justicia a un mundo nacido de una injusticia ciega, ni tampoco sentimientos altruistas al hombre que le ha tocado el mejor lote en la vida, si esta

vida no tiene otras ulterioridades que el provecho que pueda sacársele a la vida misma.

Por eso la historia nos ha demostrado que los que en una época han clamado por la justicia y sus derechos, cuando ellos se han colocado en la altura, en vez de aplicar a sus verdugos los principios con ayuda de los cuales se han elevado, por el contrario, los han perseguido, los han odiado vengándose cruelmente en nombre de la libertad, de la justicia, de los derechos humanos. Y este ha sido el resultado de la carencia del verdadero amor cristiano, porque se ha desconocido el origen espiritual común a todos los hombres, por no haberse tratado como verdaderos hermanos.

En conclusión, señores, si la creación es el resultado del caos, de fuerzas ciegas en las que no interviene una inteligencia ordenadora, si en ella no ha precedido el amor y una absoluta sabiduría ¿por qué entonces, y con qué lógica se ha de exigir a los que han nacido con todos los privilegios que sólo puede darles una suerte ciega e injusta, con mejores condiciones para el triunfo en las luchas que se establecen con los que nacen ya vencidos por el medio y sus propias debilidades; con qué lógica, repito, se les ha de dar una participación en el banquete de la vida y por qué, aquellos, han de renunciar a la dicha de un momento para dividirla con los que la suerte, la casualidad o el destino les ha negado todo para ser dichosos? ¿En virtud de qué principio de justicia han de renunciar a su egoísmo, si los desheredados no tienen con ellos ningún parentesco, si el mundo y el hombre son abortos inconcebibles de fuerzas ciegas e irresponsables, si no existe mayor enemigo del hombre que el hombre mismo, si no han nacido del amor y si

lógicamente hay que aprovechar esta fugaz existencia y defender los goces que ella proporciona, puesto que nuestro único porvenir es sumergirnos en las tinieblas de la nada?

Razón pues tenía Epicuro y su escuela al concretar todo el ideal humano en estas frías y desalentadoras palabras: *Comamos y bebamos que mañana moriremos.*

Señores: *El socialismo es como ya hemos dicho, un capítulo del espiritismo.* El socialismo arranca para nosotros los occidentales de la doctrina predicada por Jesús; es aquí donde se halla la razón fundamental del socialismo. No tendremos jamás verdadero socialismo, mientras se quiera prescindir del amor cristiano, mientras los que lo predicán, buscan su entronizamiento, fundados únicamente en la necesidad del momento o en el hecho de que les ha tocado la peor parte en la vida.

No, todo esto no es fundamento sólido para que las clases privilegiadas cedan ante una razón tan deleznable, si no se reconoce un vínculo espiritual, si la humanidad no está unida por vínculos indisolubles en el pasado, presente y en el porvenir que la espera. Esta solidaridad que cada día que pasa la estrecha más, porque la marcha del mundo, sus progresos y hasta sus estacionamientos, es la obra de todos, y todos por consiguiente son responsables de los errores presentes: todo esto es la razón y el fundamento sólido del socialismo y es esta la orientación que deben seguir todos cuantos se inspiren en el deseo de que en la tierra haya más justicia distributiva y más interés por las clases desheredadas.

Señores, lo repetiremos por última vez: para los espiritistas no existe otro fundamento sólido, inmovible,

eterno en todo el Universo que el amor. Por el amor recíproco de los hombres podemos valorar lo poco de grande, bello y elevado que tiene nuestra civilización y por el odio, la ignorancia, la indiferencia y el egoísmo, todo cuanto de bochornoso e innoble la afea y empequeñece todavía, a pesar de que hacen dos mil años que Jesús echó los cimientos de esa doctrina tan sencilla y tan pura y que sin embargo, cabe dentro de estas pocas palabras: Amaos los unos a los otros, porque todos sois hijos de un mismo Padre.

Pero el hombre, en su orgullo y suficiencia todavía las sigue desconociendo en nombre de un materialismo que cierra todos los horizontes a las almas sedientas de amor, verdad y justicia.

El hombre en su lamentable obsecación se subleva y no quiere a mos, ni divinos ni humanos; nada quiere saber de los problemas que atañen a la conciencia y que se relacionan con el más allá de la vida; quiere usar de una libertad que le dé el dominio absoluto del mundo para la satisfacción de todos sus goces, y sin embargo, jamás ha sufrido una esclavitud mayor, porque no existe una esclavitud más perniciosa que aquella que facilita la posesión de los goces mundanos y la satisfacción de los instintos groseros de la materia.

Y esa esclavitud en que vive y esa vida agitada, turbulenta, inquieta y casi siempre desgraciada que lleva, es por la ignorancia en que está acerca de su verdadero destino; es porque no sabe cuál es el verdadero objeto y finalidad de las existencias terrestres, es porque ignora que la vida no es placer sino deber; pero este deber, como se lo imagina, no se limita exclusivamente a la satisfacción de las exigencias del mundo, sino a la extinción de las imperfecciones, a la lucha incesante contra las pasiones y los

instintos heredados en la lenta evolución que hemos hecho en las esferas inferiores de la animalidad.

Por último, señores, el espiritismo, bajo cualesquiera de las fases que se le considere: religiosa, filosófica o científica, es un puente tendido para acercar todas las escuelas y fundir todos los sectarismos, es el lazo de unión entre la religión y la ciencia; es el que trae el verdadero verbo, ante cuya enunciación se han de agrupar estrechamente los superhombres y los ilotas, los gozadores y los que apenas tienen lo necesario en la vida, porque, señores, el amor cristiano bien sentido, tiene calor suficiente para derretir el hielo del egoísmo de los hombres; la verdad espiritista tiene la virtud de destruir todas las mentiras convencionales de nuestra civilización.

Paso, pues, a este verbo que con tantas dificultades tropieza para hacerse carne; paso franco a estas nuevas orientaciones del espíritu religioso, filosófico y científico de los hombres estudiosos y pensadores, porque en ellas se resuelven los más importantes problemas de la vida y del más allá de la tumba, porque siguiendo ese camino, se ven realizados todos los sueños de verdad, bondad y justicia que hemos soñado, y desesperados de no hallarles una solución racional, los hemos abandonado repitiendo las desalentadoras palabras del poeta: los sueños, sueños son.

Por último, el espiritismo nos enseña a confiar resueltamente en que alguna vez se verán realizadas todas nuestras sanas y legítimas aspiraciones, porque si no hubieran de realizarse no surgirían de nuestra mente, ni tendrían asidero en nuestro corazón, pues como decía un espíritu: así como la piedra lanzada cae, así la esperanza fundada, llega.

Señores: Después de la conferencia que habéis oído, el elocuente orador sagrado, monseñor D'Andrea, ha dilucidado en la Catedral este mismo tema del socialismo, desde el punto de vista de la familia. A pesar de la reconocida competencia del orador para abordar toda clase de cuestiones sociales, debo declarar que la disertación de monseñor D'Andrea no me ha satisfecho y creo oportuno exponer a su respecto unas breves consideraciones.

Creía que en su conferencia iba a dilucidar el tema, como yo lo he dilucidado esta noche, es decir, arrancando del evangelio, por ser el evangelio la fuente y punto de partida de nuestra civilización; pero he visto con sorpresa que el orador reniega de todo socialismo, no lo acepta bajo ninguna forma: ni cristiano, ni materialista. Si monseñor D'Andrea no estuviera sugestionado por los prejuicios del catolicismo y tratara por consiguiente de ajustarse al espíritu del libro que sirve de base a su religión, habría tenido que confesar que *Jesús es el más grande revolucionario social de los que ha menido la humanidad y que es el verdadero fundador del socialismo.*

Si monseñor D'Andrea hubiera seguido, como lo manifestó, el ejemplo de grandes escritores y del pontífice León XIII, no habría condenado en absoluto el socialismo. El gran papa y gran político León XIII en su encíclica *Rerum Novarum*, inició un gran movimiento cristiano en favor del socialismo, que en seguida fué conocido con el nombre de “democracia cristiana”, apoyado decididamente por eminencias del clero y a cuya cabeza estaba el canónigo Murri, que gozó de todo el favor y prestigio de León XIII mientras vivió, y que después de muerto

este, fué perseguido por el papa atual,<sup>3</sup> lo mismo que todos sus colaboradores, hasta hacerlos abjurar de la religión católica.

La obra de León XIII que se inició bajo esta divisa: “Lumen in ccelo” y que realmente apareció en el horizonte oscuro y agitado del catolicismo como una gran luz que sólo emerge de un espíritu *genial*, esa obra, repito, de tolerancia y de reversión al verdadero cristianismo ha sido destruida por el papa actual que siguiendo su intolerante divisa “Ignis ardens” está poniendo fuego a la iglesia por sus cuatro costados.

Quiero, pues, dejar constancia en esta noche, que la cuestión se resuelve para la iglesia bajo este dilema: o tiene razón León XIII o la tiene Pio X. De cualquier lado que se incline la balanza, tendremos la repetición de este hecho histórico, a saber, que los papas por más infalibles que se les quiera suponer, incurren siempre en estas contradicciones que dejan muy mal parado el dogma.

Por otra parte, señores, culpar al socialismo como el único propulsor de la disolución del hogar y de la familia, porque la mayoría de sus partidarios son materialistas, es una notoria injusticia, porque los errores que se le atribuyen no son exclusivamente suyos, son comunes a las mentiras convencionales que se sostienen dentro de la religión, de la política y de la filosofía imperantes.

Es cierto, como lo he hecho notar en mi conferencia, que los socialistas militantes son por lo general ateos y materialistas y que si siguen en estas ideas con-

---

<sup>3</sup> Se refiere al sucesor de León XIII, el Papa Pio X. (N. de la E.)



tribuirán o están ya contribuyendo a la disolución de la familia; pero ¿son ellos solos los materialistas y ateos? ¿Son ellos los que hasta el presente han dirigido al niño, lo han educado y colocado en la senda de la vida? ¿Es el socialismo el que ahora ha tomado al niño bajo su protección desde su nacimiento y a la mujer desde que hace su primera comunión? ¿La madre entrega sus hijos a los socialistas para que los eduquen, o es al sacerdote o a las hermanas de caridad a quienes se dirigen para que formen a sus descendientes con ideas sanas, con sentimientos religiosos y cristianos, a fin de que más tarde formen el hogar que, como se sabe, es la base de toda sociedad, y según esté constituido así también lo estará la sociedad?

El socialismo, señores, todavía no ha triunfado, todavía no ha podido poner en práctica su programa de principios y por lo tanto las instituciones del hogar y la familia, si vacilan y se derrumban, como lo estamos viendo, la responsabilidad es de los que tienen autoridad sobre la mujer, de los que se apoderan del niño desde que nace para educarlo, de manera que salga triunfante en las luchas de la vida y conquistar su adelanto moral.

Si los socialistas contribuyen al desquicio moral, no es precisamente por los principios que proclaman en su plataforma, sino por sus ideas individualmente materialistas. Serán, a no dudarlo, un elemento que se agregue a los muchos que existen y que van gradualmente minando las instituciones que en todo tiempo fueron la piedra angular de las sociedades.

No existe solamente el materialismo dentro del socialismo. Materialistas hay entre los libres pensadores,

como entre los que enfáticamente se proclaman hombres religiosos. Materialismo existe entre las madres de familia y entre las mujeres que cumplen fielmente con la iglesia; materialismo hay entre el clero, porque enseñan el cristianismo anteponiendo la letra que mata al espíritu que vivifica, haciendo consistir toda la religión en fórmulas y mandamientos de hombres, contra el mandato expreso del maestro cuando dijo: “Amáos los unos a los otros; no tengo otro mandamiento que daros, y en estas pocas palabras se encierra toda la ley y los profetas”.

Pero la religión oficial, con su materialismo y sensualismo religioso ha llevado a la humanidad a una hipocresía tal, que los hombres de nuestra época tienen el cerebro ateo y el corazón devoto; pero como en el hombre es el cerebro el que guía sus actos y no el corazón, su devoción toma una forma convencional e hipócrita que les sugiere su juicio y sus conveniencias.

Los hombres, por lo general no protestan contra esta religión acomodaticia y tan condescendiente para con todas las debilidades humanas; a lo sumo, los más sinceros y que desean estar en paz con su conciencia, hallan en la religión materialista y sensual que predomina, un modo fácil y discreto de cohonestar sus instintos mundanos y a la vez dar satisfacciones a su conciencia para tenerla contenta y que no se revele contra sus propias debilidades.

Así pues se ha llegado a invalidar la sentencia de Jesús cuando decía: No se puede al mismo tiempo servir a Dios y al mundo. Ahora una madre de familia puede sin ningún, escrúpulo abandonar el hogar, entregar a manos mercenarias el cuidado y la educación de sus hijos, vivir absolutamente entregada a los goces de la

vida moderna; tener sus partidas de juego, sus cenas y beberajes después de media noche, al igual de los más empedernidos calaveras; hacer la vida de clubes en los grandes balnearios, donde la ruleta y el champagne son los únicos atractivos y donde se inventan toda clase de cabalas y de mascotas para atraer a la suerte y, en fin, hacer todo esto y a la vez ser una perfecta devota, ferviente adoradora de todos los ídolos.

Para estar bien con Dios y con el mundo, su religión le exige bien poca cosa: oír misa, confesarse y en todos los momentos ser una celosa defensora de su religión. Basta esto, repito, para tener el derecho de llevar una vida disipada, satisfacer todas sus pasiones y merecer más tarde ese anhelado cielo, conquistado a tan poca costa y sin sacrificar ningún capricho, ¿ninguna pasión o vicio, ni hacer lo más mínimo én bien de sus semejantes.

Estas son las máximas y los principios morales que informan la vida moderna. Con esa religión y estas costumbres se pretende fundar bajo sólidas bases el hogar y la familia, y cuando los que la prestigian ven los resultados desastrosos que está dando, señalan a los que no comulgan con su credo como los verdaderos causantes del desquicio del hogar y de la familia.

No faltará quizás, quien arguya que todo esta corrupción sólo se ve entre la “haute”, que la clase media conserva las viejas virtudes. Perfectamente, señores, por suerte aún podemos exclamar: “hay jueces en Berlín”; sabemos que aún entre las clases aristocráticas hay todavía hogares ejemplares, pero no olvidemos que “todo bien como todo mal viene” de arriba”, que es la aristocracia y las clases acomodadas las que deben dar al pueblo el ejemplo saludable de las virtudes cris-

tianas, sobre todo entre nosotros que no existen demarcaciones claras entre las clases sociales y que por lo mismo la facilidad con que las familias ascienden de una clase inferior a otra más elevada, hacen que éstas tengan las miradas fijadas en lo que hacen los de arriba para consolarse mientras tanto de no poder codearse en la misma altura.

Sabemos por experiencia que en nuestro país la mayoría vive pendiente de lo que hacen o dejan de hacer las familias de posición social encumbrada; y como una parte de éstas poseen muy pocas virtudes y muchos vicios, nuestra aristocracia es un peligro en vez de ser una escuela de buenas costumbres. Luego, pues, es necesario dar la voz de alerta contra este modernismo deletéreo y buscar los medios de cortar el mal de raíz; es preciso ver de salvar a la clase media de la corrupción de las clases elevadas, y con mayor razón entre nosotros, que por las consideraciones expuestas, en: “cuenta campo propicio donde prosperar.

Ahora bien, ¿a quién le corresponde velar para que el hogar se mantenga ajeno a todos los escándalos y que, por lo menos, el fuego sagrado no se extinga, porque la sacerdotisa encargada de avivarlo, vive ausente de él y cuando está en él, con el pensamiento y el corazón fuera de él?

Son dos los guardianes naturales: el padre y la madre de familia. Pero, el padre por lo general es indiferente a todo lo que es del resorte de la religión y no pocas veces de la moral misma; él, por otra parte, tiene su cabeza en los negocios y según el criterio que informa la vida moderna, su gran deber, su único deber en la vida es el servir de proveedor de la familia, y como para proveer hoy un hogar de todos los lujos y comodidades sibaríticas exigidas por la sociedad, hay que cavilar mucho y trabajar mu-

cho más, resulta que este hombre para que sea un marido modelo y apreciado por su familia debe necesariamente convertirse en burro de carga.

En nuestra época, cuando en sociedad se juzga a un marido, no se tiene en cuenta otras consideraciones y méritos que su dedicación al trabajo que produce todas las comodidades apetecidas por la familia. Si sus condiciones morales son malas, si es infiel, libertino, vicioso, esto tiene su disculpa en la vida social contemporánea, son *peccata minuta*, comparados con la poca habilidad que algunos tienen en mantenerse en una pobreza que muy bien puede ser honrada, pero que no da para satisfacer los placeres y vanidades sociales. Por otra parte el hombre vive siempre urgido por la brevedad de la existencia y como es materialista, su divisa es: vida corta pero buena.

Este padre de familia, pues, así considerado ¿cómo es posible que pueda dar ejemplos saludables a los suyos? ¿Qué religión ni qué moral puede existir en el hogar moderno si no se practican ninguna de las virtudes cristianas y los padres creen haber cumplido con su conciencia y con el deber social, encomendando la formación del carácter de sus hijos a manos mercenarias?

Pero nos queda la mujer como último recurso; mas ya hemos dicho que la mujer, como el hombre, quiere vivir la vida, corta pero buena. En el hogar no encuentra estímulos en el marido, en la sociedad menos. En todas partes observa el desenfreno y el goce, como el único ideal y el verdadero objeto de la existencia terrestre.

Se dirá que ella tiene al sacerdote de guía espiritual, que suple con eficacia la incapacidad del marido para guiarla espiritualmente; pero detengámonos un momento sobre este mentor de todos los tiempos.

El sacerdote, evidentemente, sería un guía y un consuelo, pero, ¿lo es? ¿Puede el sacerdote corregir el extrañado criterio de su grey? ¿O no puede? Y en tal caso, ¿por qué no puede? Esta es la cuestión.

El sacerdote, señores, por más que se diga lo contrario, no tiene ningún ascendiente sobre la mujer, toda vez que se proponga desviarla de la vida de ostentación, de vanidad, de exteriorización, de vicio que ostenta con toda impudicia y desenfreno. Lo único que consigue en mantenerla fiel a la religión materialista y formulista que le ha enseñado. El sacerdote lo comprende y por eso contemporiza con sus costumbres y muy poco se ocupa de llevar adelante una propaganda enérgica para hacerla volver al verdadero sentimiento religioso.

Cuando un sacerdote sube a la cátedra sagrada para fustigar las debilidades de la mujer, se guarda bien de denunciarla como anticristiana, se guarda bien de decir que la verdad del estado moral de la sociedad; de que el hogar está desquiciado, y de que ella es responsable en primera línea de este desastroso estado de cosas.

Y no es que el sacerdote no tenga recursos morales para hacerse obedecer, sino que la mujer no los reconoce y si se empeñara el sacerdote en imponerse, no sería obedecido, como no lo es en muchísimas costumbres y liviandades que el clero tolera por miedo a una rebelión que acabaría con su ya minado prestigio.

Si hemos oído a monseñor D'Andrea hacer elogios del hogar y de la familia argentina, colocándolos entre los más puros viveros de virtudes cívicas y privadas y le ha echado el sambenito al socialismo; si el mismo orador ha defendido el lujo y si también el órgano oficial del arzobispado ha defendido el juego, y desacuerdo con esta moral, la mayor parte de la caridad que se hace así como la construcción de iglesias es a base de la ruleta; si todo esto se predica y se practica como costumbres morales y sanas por los directores espirituales de la mujer y se le confirma en la falsa creencia de que es un modelo de madres y de esposas; si todo esto se afirma por el clero, es porque está imposibilitado de hablar claro, porque la autoridad que mantiene sobre la mujer es más aparente que real.

Es lástima grande que monseñor D'Andrea no se convierta en un Savonarola o en un Giordano Bruno, que con su elocuencia y sus virtudes detuvieron la corrupción de la mujer en épocas de gran desenfreno como la nuestra.

En resumen, señores, nada os ha satisfecho la conferencia del distinguido orador sagrado, pues ella ha tenido por único objeto echar sobre el socialismo todas las responsabilidades de la corrupción que reina en la sociedad, y que arranca de la vida inmoral y disipada de las familias encumbradas y en la pésima educación de los hijos.

En todo esto las responsabilidades son comunes, tanto del sacerdocio como de los socialistas y demás libres pensadores materialistas; todo, por falta de principios espiritualistas van conduciendo a la sociedad al caos y a la anarquía, porque aún cuando tiene en sus manos instituciones e ideales que bien encaminados y mejor interpreta-

dos, bastarían para detenerla en mitad del precipicio, sin embargo en la forma en que son aplicados, la impulsan más hacia el fondo de su ruina.

Tiempo es ya de que los pensadores se preocupen del peligro que nos amenaza, tiempo es de que todos reconozcamos que el materialismo, sea en la religión, en la filosofía y en la ciencia, jamás dió otros frutos que la inmoralidad, la anarquía, los vicios y crímenes horribles que hoy todos contemplamos horrorizados.

El espiritismo encierra todas las grandes aspiraciones del espíritu humano; abarca la religión, la filosofía especulativa y sociológica y la ciencia en general y, para explicar sus principios en una forma lógica, razonable y positiva, no tiene necesidad de negar nada ni de ser ateo ni materialista. No se opone pues a ninguna de las orientaciones del espíritu, sino que por el contrario las confirma y tiende a unirlas como complementarias unas de otras y no como antagónicas.

Por último, el espiritismo resuelve los más arduos problemas que sobre la vida, la muerte, el pasado, el presente y el porvenir que espera al hombre en el más allá han sido en todo tiempo su pesadilla y lo han inducido a graves errores por ignorancia absoluta de sus orígenes y causas, y de la razón de las desigualdades sociales y anomalías de la suerte y del destino y, por lo tanto, *podemos decir del espiritismo, que no es una religión sino la religión; no es una filosofía sino la filosofía, no es una ciencia, es la ciencia; no es un socialismo sin base razonable, es el socialismo que tiene por principio a Dios, origen de todos los espíritus mediante su infinito amor y quiere que todos los hombres funden sus relaciones reci-*



*procas y su felicidad y perfección en el mismo amor que con tanta munificencia nos ha dotado.*

Señores: Debo confesaros la decepción que he sufrido al oír a monseñor D'Andrea hacer elogios entusiastas de la pureza de nuestros hogares y de la severa moral que rige en nuestras familias. Él, como médico de almas, debiera saber auscultar los corazones en sus males morales, sobre todo en la mujer, que para todos puede tener secretos y mentiras, menos para su confesor y guía espiritual.

¿Cómo este elocuente orador ignora que la familia, base de la sociedad, está minada por una causa mucho más poderosa que el socialismo materialista, y esta causa es la religión que hoy día se practica? ¿Cómo no ve que la religión sirve de pantalla para el lujo, el juego, las vanidades, todos los sensualismos y en el fondo no es otra cosa que un pactótácito entre los vicios y pasiones mundanas que los instintos sensuales exigen, en cambio de unos cuantos rezos y cumplimiento de fórmulas vanas con que se engaña la conciencia? ¿Y cómo no se alarma al igual de nosotros y tiene la suficiente sangre fría para alabar estas falsas virtudes, nada más que por esquivar las responsabilidades del sacerdocio en esta debacle social, echando toda la culpa al socialismo; al socialismo, señores, que no tuvo jamás a su cargo la dirección espiritual y la autoridad moral de la familia y que, puede decirse, que su gran aspiración es la de conseguir mayor bienestar para la clase trabajadora?

En sus largas horas de meditación, en el análisis constante de los profundos secretos que encierra el corazón de la mujer ¿no ha notado que ésta, pierde cada día el sentimiento y el gusto por todo lo que es deber, sacrificio,

amor materno, a favor del sentimiento y el gusto por todo lo que es vanidad, egoísmo, placer? ¿No ha podido notar que los sentimientos, cuando son aparentemente religiosos, toman el camino que los lleva a las satisfacciones de la vanidad y de todo cuanto es fugaz y transitorio? ¿No comprende que las transacciones que en mala hora hizo la iglesia con el paganismo y de cuyo connubio surgió el catolicismo, es la causa de esta decadencia ruinosa de nuestro estado social? ¿No se le ocurre, como cristiano sincero, que es necesario volver al cristianismo primitivo, cuando las Prescilas y las Fabiolas mantenían en el hogar el comfortable calor del fuego sagrado y allí todo era amor, luz, alegría y pureza?

Yo creo, señores, que monseñor D'Andrea posee todos los prestigios y todas las virtudes para hacer una obra de verdadera redención. El momento es crítico. Revístase de la energía del Maestro a quien, dice seguir; empuñe con mano firme el látigo que Jesús empuñó, en día memorable, para arrojar del templo a los hipócritas que traficaban con la religión y revestían sus sentimientos depravados con el manto de la piedad y la devoción, para dominar al mundo por el engaño y la mentira.

Siga a los gloriosos frailes Savonarola y Giordano Bruno, que en situaciones tan críticas y deplorables como ésta, supieron arrancar lágrimas de verdadero arrepentimiento a grandes damas dominadas por el desenfreno de las pasiones y los vicios y que sin embargo, con todo orgullo se proclamaban, enfáticamente, cristianas. Contribuya como ellos a reconstruir el hogar cristiano y promueva una reacción saludable hacia la morigeración de las costumbres y la educación de la niñez.

Pero para realizar esta magna obra que lo haría inmortal, sería preciso llamar las cosas por su nombre, renunciar a toda adulación que en el momento actual no es ni sensato, ni tan siquiera político, porque cuando la corrupción social toma el aspecto de avalancha que hoy tiene, las complacencias y reticencias son contraproducentes.

En mi modesto modo de opinar, creo que esta es la actitud que deben tomar los hombres que como monseñor D'Andrea, desean detener la marcha siempre creciente del sensualismo y materialismo que se está sobreponiendo a los sentimientos cristianos, que dieron en otro tiempo impulso a nuestra civilización.

**EL CARÁCTER DE INVOLABILIDAD QUE TUVO  
EL DERECHO DE PROPIEDAD DEBE SU  
ORIGEN AL PAGANISMO  
*EL CRISTIANISMO TIENDE A ABOLIRLO***

REFUTACIÓN AL SERMÓN DE MONSEÑOR  
MIGUEL D'ANDREA EN LA CATEDRAL DE BUENOS  
AIRES SOBRE LA PROPIEDAD Y EL SOCIALISMO

***Conferencia dada en la sociedad "Constancia"  
por Cosme Mariño, el miércoles 6 de agosto de 1913.***

---

Señoras y señores:

No había pensado ocuparme más de la propaganda que el elocuente orador monseñor D'Andrea, ha hecho desde la cátedra sagrada contra el socialismo, pues creía que las breves consideraciones que aduje en mi última conferencia, bastarían para dejar comprobado que el socialismo es eminentemente cristiano y no materialista ni ateo como pretenden los socialistas militantes y como cree monseñor D'Andrea, Pero sus últimos sermones me obligan a refutar una vez más los conceptos que en ellos ha vertido como la expresión de la verdad.

No es mi ánimo, señores, en estas controversias, salir a la defensa del credo socialista tal como lo practican los militantes de ese partido, sino colocar las cosas en su verdadero punto de vista.

Ya dijimos en la velada última, que es llegada la hora de que las cosas se llamen por su nombre y que todas las hipocresías desaparezcan, sea que ellas se amparen en la religión, la filosofía, la ciencia o la política, porque ha llegado el momento histórico en que todos los ideales del espíritu humano se presenten desnudos de ese malsano atavío con que han sido disfrazados, para atenuar las imperfecciones, debilidades e impotencias, la falta de carácter en una palabra, que es la condición esencial de la generación actual.

Creo sinceramente que, dada la preparación intelectual del hombre, es una traición de lesa humanidad mantenerlo espiritualmente con las mentiras convencionales, que no discuto el grado de necesidad y de razón que les haya

dado existencia, pero que hoy ya no es posible su adulación o su disculpa, porque esta actitud no puede ser digna de todo hombre que realmente ame a la humanidad y que quisiera verla seguir su marcha sin los tropiezos y dificultades que los sectarismos, los fanatismos y la ignorancia le han opuesto, en toda ocasión en que la verdad, la justicia y el bien sé han presentado bajo formas nuevas, innovadoras y necesariamente requeridas por la ley de la evolución, que es la ley suprema, bajo cuya égida se va realizando la perfección del género humano.

Bien conozco, señores, que en esta prédica de tantos años, contra todos los prejuicios de educación y de escuela, no contamos con la ayuda de las clases conservadoras, ni con ese periodismo diario, que cree que su apostolado se limita a sostener todas las instituciones y las costumbres, sean buenas o malas, que se han venido vaciando en los moldes estrechos de la rutina y que todo el que intente ensancharlos comete un delito de lesa civilización; pero esta obstinada e incomprensible conducta no conseguirá desalentarnos a todos cuantos amamos la verdadera religión, la verdadera patria, el verdadero socialismo, el verdadero cristianismo, y que combatimos todas las mentiras convencionales que nos empujeñecen y nos detienen en mitad del camino.

El mundo es sensual, es ateo, es materialista porque es el reflejo de las ideas dominantes en las costumbres y en las creencias. Deber nuestro es pues hacerle ver que la religión y la ciencia, bien interpretadas, no pueden dar estos resultados desastrosos que hacen infeliz y desgraciada a la especie humana en medio de todos sus goces a que se entrega y de los ideales estrechos en que encierra todos sus esfuerzos y sacrificios.

Pero apresurémonos a poner punto final a estas consideraciones para entrar de lleno en el tema que nos hemos propuesto dilucidar. En su primera conferencia, monseñor D'Andrea desechó en absoluto el socialismo como contrario al cristianismo y citó en su apoyo la encíclica de *Rerum Novarum* del Papa León XIII.

Nosotros negamos que en dicha encíclica ese genial político religioso hubiera combatido el socialismo, sino que por el contrario echó las bases de un socialismo democrático-cristiano. Como demostración de este aserto, citamos al canónigo Murri, redactor de un diario católico que, auspiciado por la encíclica de León XIII, trató de ponerla en práctica, apoyado decididamente por uno de los cardenales y por el sabio exégeta francés Loisy, que vieron en la nueva orientación que daba a la iglesia el papa mencionado, la salvación del catolicismo.

Bajo el nombre de democracia cristiana se fundaron centros católicos, combatiendo por la redención del trabajador por medio de la fe y de las ideas de justicia que se propagaban, contrarrestando así el socialismo ateo y materialista que seguía con éxito restando a la religión los elementos populares.

Mientras vivió León XIII este socialismo cristiano siguió en aumento, pero así que desapareció del plano terrestre, el nuevo papa, instrumento dócil de los jesuitas, destruyó toda la obra del gran papa y persiguió a todos los que propagaban las nuevas ideas, dando como resultado que unos colgaran los hábitos y otros se sometieron incondicionalmente.

Resulta, pues, que no es cierto lo afirmado por el orador sagrado, que él, en su conferencia quería seguir, al

hablar del socialismo, el ejemplo de León XIII, que con su lucidez característica dilucidó el mismo tema desde la más alta cátedra. No, a quien ha seguido monseñor D'Andrea es el papa actual Pío X, que sigue la inspiración de los jesuitas, los cuales, no habiendo podido hacer presión sobre el papa anterior, pusieron toda su influencia para que subiera al trono de San Pedro un “sarto”, como lo decía la crónica de aquel tiempo.

La tendencia de monseñor D'Andrea en esa conferencia, fué hacer una propaganda sectaria. Había que echar la culpa a alguien, del estado de degradación a que ha llegado la sociedad y nada más oportuno que cargara con el sanbenito el socialismo materialista, como promotor único de la disolución del hogar, de la familia, de la patria, de la propiedad, de la religión, de todo cuanto es caro al hombre y le sirve de guía en la vida, para desviar la atención de los hombres pensadores que vienen atribuyendo este estado de disolución social no sólo al materialismo sino a la religión y a las costumbres sociales, que, con sus doctrinas anticristianas y sensuales, siguen cavando el abismo donde se están precipitando todos los grandes y puros ideales de nuestra civilización.

Debemos pues insistir, como ya hemos dicho, para que cada institución, secta, religión o filosofía que conducen a los hombres por diferentes caminos, cargue con la responsabilidad que le incumbe en esta debacle, y para, a la vez, señalar la nueva luz que se levanta en el horizonte, bajo el nombre de espiritismo, para que sirva de orientación y de guía a los naufragos de todas las creencias, a los que buscan más luz, más razón, más lógica en la resolución de los problemas que se relacionan con el pasado, el presente y el porvenir del hombre.



Monseñor D'Andrea, en su segunda conferencia, siguiendo su propósito de desacreditar el concepto socialista, dijo que éste se proponía atacar la propiedad, que era inviolable y el resultado natural y justo del trabajo del hombre.

Aquí como en todo, el orador se apartó del cristianismo en absoluto, como lo vamos a demostrar.

Todos los temas que con elocuencia ha dilucidado en la Catedral, en el sentido que lo ha hecho, son contrarios al verdadero cristianismo.

El cristianismo no es contrario al socialismo, como ya lo hemos demostrado en nuestra anterior conferencia; de las páginas de su evangelio no se deduce que sea el baluarte que defienda la propiedad como inviolable, sino el principio de una evolución que andando el tiempo y practicando su sublime doctrina, el sello de inviolabilidad que ha tenido el derecho de propiedad se irá esfumando gradualmente hasta que desaparezca del todo.

Porque no olvidemos, señores, que el cristianismo va mucho más lejos aún que el socialismo: tiende invariablemente hacia el comunismo que es la sanción de la igualdad entre los hombres, y si por ahora el comunismo permanece aún como una utopía irrealizable, es porque hay que dar tiempo a la evolución moral que se sigue operando en la conciencia humana; hay primero que llegar al socialismo y cuando este sistema social esté definitivamente arraigado en los pueblos, entonces aparecerá el comunismo y se constituirá como el fin último y la consagración de la gran doctrina cristiana, que nos ha servido a los occidentales de punto de partida de esta gran evolución.

Monseñor D'Andrea, igualmente se ha apartado del cristianismo al defender el concepto de patria, como un sentimiento irreductible y el más elevado de la especie humana. Cuando nos ocupemos de este tema, hemos de demostrar que una de las tantas grandezas del cristianismo que mayores beneficios ha dado a la humanidad, es su tendencia clara, evidente, de llegar algún día a forzar todas las barreras que dividen a la especie humana como contrarias al amor y a las propias conveniencias de los hombres.

Mientras tanto concretémosnos en esta noche a demostrar que las limitaciones al derecho de la propiedad, que persigue el socialismo, tienen su origen en el evangelio cristiano.

En los tiempos anteriores a nuestra era, la propiedad era inviolable, porque se acordaba a los héroes y defensores de la patria y a los que con su sangre y sacrificio ensanchaban los dominios de los pueblos conquistadores. Se sabe, señores, que la virtud excelsa de las naciones paganas era la que se conquistaba por medio de las armas, y por lo tanto los gobiernos tenían que garantizar la efectividad de los premios que discernían a los servidores de la patria, porque las naciones se engrandecían y se hacían poderosas por este medio único.

El pueblo no existía en la acepción lata con que hoy se le reconoce. Era compuesto de esclavos, libertos y clientes, que dependían exclusivamente de los patricios. Estos los sostenían pero en cambio se servían de ellos para labrar sus propiedades y cuando era necesario ir a la guerra, entre ellos formaban sus centurias y sus legiones. El patricio recibía en propiedad las tierras y dominio que él había contribuido a conquistar; él no

tenía otra obligación moral que sostener apenas a los que habiéndolos ayudado en esas conquistas, no tenían derecho a la tierra que ellos cultivaban y contribuían a la formación de la riqueza de sus amos.

Entonces la propiedad era tan inviolable que el patricio tenía derecho de vida y muerte sobre el que, imprudente o sin orden expresa, profanaba el feudo del patricio con el objeto de dedicarse a la caza o con cualquier otro pretexto más o menos inocuo.

Como se deduce de lo expuesto, en aquellas remotas épocas, el derecho de propiedad no se cimentaba en el trabajo; el propietario vivía del trabajo de los que de él dependían y éstos tenían a este precio derecho a la vida y nada más que a la vida.

Según la ley romana se definía así el derecho de propiedad: *plena in re potestas* — poder absoluto sobre una cosa — pero más tarde este derecho absoluto empezó a sufrir algunas restricciones. Según la ley de las doble tablas (año 303 de la fundación de Roma) los derechos del testador eran ilimitados.

Más tarde la jurisprudencia empezó a establecerse bajo una lenta evolución restrictiva, siendo de las más importantes la llamada *bonorum possessio contra Tabulas*. La segunda limitación fué la acción denominada “querela inofficiosi testamenti”, que dio nacimiento a la legítima. Lo mismo podemos decir de las donaciones inter-vivos y de los legados entre los romanos, que en su principio tenían una extensión en armonía con la amplia facultad de usar, gozar y abusar de los bienes propios.

Viniendo ahora a las leyes de partida calcadas en el derecho romano y que han sido la principal fuente de nuestra legislación hasta la sanción del código civil — por esas leyes, el testador, habiendo hijos legítimos, disponía del tercio y quinta de sus bienes. Este derecho se limita en nuestro código al quinto solamente.

Nuestra *Carta Fundamental* declara en su artículo 17 que la propiedad es inviolable, pero podemos decir, sin temor de ser desmentidos, que ese principio constitucional ha sido violado tanto por leyes posteriores cuanto por toda clase de rescriptos y ordenanzas municipales, porque es preciso comprender, señores, que la inviolabilidad de la propiedad no sólo quiere decir que no puede desmembrarse en ningún caso sino también que es sagrada, es decir que cada propietario es dueño absoluto de hacer todo cuanto quiera dentro de sus dominios y que no puede haber autoridad o ley que se lo impida.

Todo esto, pues, ha ido desapareciendo y lo seguirá más a medida que el sentimiento de solidaridad de la especie humana se haga más intenso; pero lo que no ha desaparecido todavía es el artículo 17 de la Constitución Nacional, que se ha vuelto inofensivo a fuerza de ser contrario a la marcha de la civilización.

Ya por nuestro código y por todos los códigos más adelantados, nadie puede hacer donaciones que pasen del quinto de sus bienes, y leyes recientes han gravado la herencia hasta más del 10 por ciento según los casos. Por la Constitución, el Estado puede adueñarse de las propiedades particulares; es cierto que, previa indemnización, pero nadie puede desconocer que esta ley hiere el carácter de

inviolabilidad de la propiedad, desde que el Estado puede despojarlo de ella, aunque sea a título oneroso.

Por otra parte la propiedad ha dejado de ser una cosa sagrada; ha desaparecido el derecho de las comunidades religiosas y de ciertas instituciones para sustraer hasta del rigor de la ley a los criminales que franqueaban sus límites; y hoy hasta por simples ordenanzas municipales al funcionario público puede violar ese derecho penetrando en las propiedades particulares y hasta en los conventos para practicar inspecciones higiénicas.

Se ve, pues, que el carácter inviolable y sagrado de la propiedad ha venido a menos, a medida que el sentimiento de solidaridad humana y de seguridad social se ha intensificado en los pueblos que marchan impulsados por la civilización cristiana.

El socialismo no es únicamente el causante de esta evolución; antes que el socialismo, la filosofía humanitaria que arranca del cristianismo, ha consignado estas tendencias en leyes consecutivas y tendientes a establecer un justo equilibrio entre el capital y el trabajo. El socialismo no hace hoy sino ver de precipitar esa evolución, de una manera más rápida, en virtud de que la vida moderna se ha complicado y encarecido a causa de las necesidades materiales y morales de los trabajadores.

Hemos afirmado, señores, que es el cristianismo la idea madre en donde se ha engendrado la evolución depresiva del derecho a la propiedad. Debemos, pues, fundar esa afirmación para que se vea que monseñor D'Andrea, como hemos dicho, una vez más ha combatido al cristianismo en su carácter de católico, apostólico, romano, al

asegurar que la causa inmediata del desconocimiento del sello inviolable que tenía la propiedad son las ideas materialistas y anticristianas que sostiene el socialismo.

Para hacer esta demostración, tenemos necesidad primero de ir a las fuentes del cristianismo que es el evangelio. De este libro de sabiduría inagotable extraeremos su espíritu, que es donde radica no sólo su grandeza sino su inmortalidad, y digo inmortalidad, señores, porque el evangelio es mina inagotable de donde siempre se seguirán extrayendo tesoros espirituales, siempre que la exploren ingenieros hábiles y que no los guíe otro interés que el de hallar la verdad.

Jesús, señores, no podía propiciar ninguna idea que condujera al acaparamiento de los bienes terrenales, porque nadie que haya leído algo del evangelio u oído hablar del espíritu de la doctrina que él encierra, no desconocerá que la síntesis de su prédica era ésta: “que el mundo apartara un poco sus ojos de los bienes de la tierra, en los que ponía todos sus sentidos y toda su alma, para elevarlos hacia la adquisición de otros bienes que son los que realmente pueden adquirirse para in eternum”, con el sello indeleble de lo que es sagrado e inviolable. Jesús, por otra parte, en la práctica era comunista, como lo revelan todas las circunstancias de su vida; él y sus discípulos tenían una bolsa común y de esta bolsa todos sacaban el alimento por igual. Si bien él no predicó el comunismo, dejó la semilla para que andando los siglos fructificara: lo importante por el momento, era preparar la tierra inculta por medio de un socialismo cuyo origen debía arrancar del amor divino y consolidarse mediante la fraternidad y el amor de todos los hombres sin excepción.

Bien conocida es la parábola aquella que concluye con estas desalentadoras palabras: “más fácil es que un cable pase por el ojo de una aguja que él que un rico se salve”. Como se ve esta es una figura terrible y si se hubiera de tomar al pie de la letra sería contradictoria con toda su doctrina de amor y de perdón y con su promesa de que al fin todos los hombres serían salvados. Ella tenía por objeto impresionar a las multitudes y hacerles ver lo difícil que es adquirir la perfección y la verdadera felicidad, cuando el egoísmo y la avaricia ciega todas las fuentes del sentimiento altruista del amor y de la caridad.

Jesús en la parábola del hombre rico y del mendigo Lázaro, en la de los talentos y en tantos otros pasajes de su doctrina que sería largo enumerar, hacer ver cuan difícil es seguir el camino de la perfección cuando se usa de la fortuna como una gracia recibida o como si realmente el que la posee se creyera dueño absoluto de ella y no un mero administrador. Él dice que los bienes de la tierra no son propiedad de nadie, sino medios de adquirir desarrollo intelectual y moral, administrando esos bienes de manera que sirvan para el adelanto del espíritu.

Los bienes materiales no se llevan a la vida que aguarda después de ésta; sólo se llevan los tesoros espirituales que se han acumulado. La riqueza, pues, es un gran medio de felicidad pero en sí misma no es la felicidad, y mal administrada es una fuente de grandes infortunios, porque si se le dedica solamente a desarrollar pasiones, vicios y egoísmos, se malogra una vida que ha tenido todo lo necesario para realizar un gran progreso espiritual y sólo ha conseguido recargarse de deudas para el porvenir.

Por eso pues, Jesús, viendo el atraso, la avaricia y el egoísmo de los ricos de su tiempo y el sentimiento arraigado que poseían de que sus bienes materiales eran una propiedad inviolable, les habló en los términos que hemos visto.

En la parábola del joven que preguntó a Jesús cuál era el medio de conseguir la vida eterna, a lo que Jesús le contestó: “vende cuanto tienes, dalo a los pobres y sigúeme”, no entendió sentar un principio absoluto de que cada uno debe despojarse de lo que posee y que la salvación sólo se alcanza a este precio, sino da a entender que el apego a los bienes terrestres es un obstáculo para la salvación de la humanidad.

Se ve, pues, que esta apología del derecho inviolable de la propiedad que ha hecho el orador sagrado, podrá fundarse en principios católicos pero de ningún modo en los principios cristianos y tanto menos derecho ha tenido para desacreditar el socialismo cuanto que en este mismo caso, el socialismo no hace otra cosa que propaganda cristiana, por más que la mayoría de sus adeptos se llamen materialistas y ateos.

Pero, señores, una cosa es el catolicismo y otra cosa el cristianismo. El espiritismo se precia de seguir el verdadero cristianismo de los primeros siglos de la Iglesia y es por eso que no puede admitir sin protestar que a nombre de aquél se proclamen principios políticos, civiles y religiosos que el cristianismo desconoce.

El espiritismo desde el punto de vista religioso no tiene otro ideal que el de Jesús y por esto su doctrina sobre la propiedad se condensa en los siguientes términos: El hombre no posee en propiedad sino lo que puede



llevarse de este mundo. Lo que encuentra cuando llega y lo que deja cuando se va lo goza durante su permanencia; pero puesto que está obligado a abandonarlo sólo tiene el usufructo y no la posesión real. ¿Qué es, entonces, lo que posee? Nada de lo que puede ser de uso para el cuerpo; todo lo que es para uso del alma: la inteligencia, los conocimientos, las cualidades morales; esto es lo que trae y lo que lleva: lo que ninguna persona puede quitarle y lo que le servirá en el otro mundo más aún que en este; de él depende el ser más rico cuando se va que cuando llega, porque de lo que haya adquirido en bien y en conocimientos depende su posición futura.

Cuando un hombre va a negociar a un país lejano, arregla su pacotilla con los objetos que tienen salida en el país a donde se dirige, pero no se carga con aquellos que le serían inútiles. El viajero que llega a una posada se le da buena habitación, si puede pagarla; al que tiene poco se le da una menos cómoda y el que nada tiene duerme en la paja.

Esto sucede al hombre cuando llega al mundo de los espíritus. Su habitación está subordinadas su haber, pero no se paga con el oro. Nadie le preguntará: ¿cuánto teníais en la tierra? ¿Qué puesto ocupabais? Erais príncipe o artesano? Pero se le preguntará: ¿con qué volvéis? No se le tomará cuenta del valor de sus bienes ni de sus títulos, sino del número de sus virtudes y así sucede muchas veces, que en el mundo espiritual el artesano suele ser más rico que el príncipe. En vano alegrará que antes de su partida de la tierra ha pagado su entrada con el oro, pues se le dirá: “Aquí no se compran los puestos, se ganan con el bien que se ha hecho”.

“Con la moneda corriente podéis haber comprado campos, casas, palacios; aquí se paga todo con las cualidades del corazón, con las virtudes que esos bienes terrestres han podido servir de medio eficaz para adquirirlas. ¿Sois ricos de estas cualidades? Seais entonces bien venidos y podéis ocupar la más alta posición donde os esperan todas las felicidades. ¿Sois pobre? Id entonces a la última, en la que seréis tratado en razón a vuestro haber.”

Esto es, señores, en síntesis lo que enseña el cristianismo y esta es la interpretación fiel que le da el espiritismo a los bienes materiales que se acumulan en la tierra.

Ahora pregunto: ¿cómo es posible conciliar esta doctrina con la sostenida por monseñor D’Andrea sobre la inviolabilidad de la propiedad? ¿Cómo puede basarse en el cristianismo para defender este concepto económico, cuando es precisamente el sentimiento de amor y de solidaridad que emerge del cristianismo, lo que viene quitándole a los bienes que se acumulan en la tierra ese sello inviolable que sólo ha podido tener bajo el imperio del paganismo? ¿Cómo es posible desconocer que estas ideas nuevas son impulsadas por el principio cristiano del parentesco espiritual de toda la humanidad?

Como es sabido, señores, el cristianismo ha creado su filosofía propia, que lo esclarece y justifica. Para cada principio cristiano ha surgido una explicación razonable y lógica. Veamos entonces qué es lo que nos dice esa filosofía emergida de la doctrina de Jesús y que hoy el espiritismo la interpreta, explica y ensancha, basado en el progreso del sentido intelectual y moral que ha conquistado la humanidad en sus veinte siglos de cristianismo.

Detengámonos un momento sobre esta proposición, porque bien explicada a la vez que robustecerá nuestra tesis, nos dará la convicción de que la propiedad de los bienes terrestres, no ha tenido jamás ese sello de estabilidad y de inviolabilidad que le atribuye el orador sagrado, porque lo que no forma la riqueza permanente del espíritu y lo que se encuentra al nacer y se deja al morir, no puede jamás ser una propiedad.

La posesión de las cosas materiales, que se adquieren en la tierra, sólo se conservan a título de usufructuario y el derecho que se tiene sobre ellas está limitado a la de un administrador.

Estas consideraciones no deben tomarse en un sentido absoluto, pues como veremos más adelante, es justo que el administrador que ha aumentado la hacienda con su trabajo y su inteligencia, sea por lo menos, el que más provecho saque de sus esfuerzos, pero esto no quiere decir que se atribuya un dominio absoluto e irrevocable, porque a más de las razones expuestas, diremos que no existe ningún hombre que por más que haya trabajado, pueda haber adquirido su fortuna sin la ayuda social.

Hemos visto, señores, que a pesar de la protesta de inviolabilidad de la propiedad consagrada en la legislación romana del siglo cuarto antes de Jesús Cristo, ha venido gradualmente a menos desde que se propagó el cristianismo; ha sufrido las restricciones que los pueblos lian creído juiciosamente establecer, hasta llegar a nuestra era que, a pesar de estar consignada su inviolabilidad en la Constitución, es uno de los derechos inviolables menos inviolable.

En cambio, a medida que las doctrinas del evangelio sobre el amor y la fraternidad han cercenado aquel derecho, han surgido otros derechos que hoy si ya no son inviolables en una forma absoluta lo son por la prescripción de las leyes y consagración de las costumbres. Ejemplos: la libertad de conciencia, de pensamiento y el respeto consagrado a todas las ideas y sentimientos sinceros, aunque no comulguemos con ellos.

Estos derechos morales están llamados a adquirir, a medida que el espíritu del evangelio penetre más en las conciencias, un carácter de inviolabilidad y de absoluto respeto y ya podemos estar satis fechos de haber conseguido, por lo menos, qué se consignen tales atributos en las cartas fundamentales de los pueblos más libres de la tierra.

Esto nos prueba, una vez más, señores, que el carácter de dominio absoluto e inviolable de la propiedad, ha podido prosperar tan sólo en épocas en que el egoísmo, la ignorancia y la carencia de las verdaderas nociones sobre el concepto de justicia, han prevalecido en los pueblos y que a medida que la civilización cristiana ha avanzado, ese derecho ha sido en parte sacrificado para ir afirmando otros conceptos que enriquezcan verdaderamente al hombre y que una vez conquistados, nadie podrá arrebatarlos.

El hombre, al nacer dentro de la sociedad que lo reclama, no trae sino aptitudes que necesitan desarrollo y una vida que hay que vigorizar día a día y momento a momento. ¿Quién es el que sostiene esa vida y proporciona los medios para el desarrollo de esas facultades? Los padres, se contestará. Pero ¿quién da a los padres los recursos? ¿Su trabajo? Pero, el trabajo por sí sólo y sin aplicación no tiene ningún valor, ni por lo tanto, produce ninguna utilidad.

Ha habido pues necesidad de aplicarlo aún elemento cualquiera y este elemento lo ha encontrado en la sociedad, en la naturaleza. La naturaleza es la nodriza común de todos los seres, es la fuente de la riqueza y es allí donde ha encontrado la materia prima indispensable sin lo cual no habría propiedad.

El hombre aislado, sin ningún vínculo ni relación social, nada es y nada significa. Considerado en este estado, no existirían los valores, ni la utilidad, ni la propiedad. Luego la propiedad, sus utilidades, sus satisfacciones, se deben en parte a la sociedad a la que está vinculado. En este sentido ella lo es todo. Y si esto es así, ¿cómo la colectividad social había de carecer de ciertos prerrogativas y derechos sobre el derecho del hombre, cuando es a ella a quien las debe?

Además, el hombre no puede llevar sus derechos de los bienes adquiridos durante la vida, más allá de su existencia, porque no puede establecer vinculaciones a perpetuidad sobre cosas que ha encontrado al venir a ella y que sólo ha mejorado o modificado con su trabajo. Luego pues, desde ningún punto de vista que se le considerase, el derecho de propiedad representa la adquisición definitiva e irrevocable de una utilidad real y efectiva, sino transitoria. La utilidad real, efectiva y ponderable se adquiere sobre los bienes morales, y los materiales pueden tan sólo ser medios de adquisición de aquéllos.

El hombre puede tener dominio sobre los bienes materiales, para hacerlos servir al cumplimiento del plan de vida que se propone desarrollar, pero tenga bien entendido que la vida que se le ha dado, no tiene por objeto primordial la satisfacción de pasiones, vicios y vanidades, sino por el contrario, irlos extinguiendo gradualmente.

El objeto de la vida es grave, como decía el inmortal poeta Longfellow: “y ser polvo y en polvo convertirse no es del alma el sublime ministerio”. El objeto de la vida, como Jesús lo enseñó en las parábolas que hemos citado más antes, es hacer servir todos los bienes de la tierra en provecho exclusivo del espíritu, para enriquecerlo con sentimientos elevados, con acciones en las que se revelen virtudes, con abnegaciones que tiendan al desgaste de todas las imperfecciones, para cuyo fin Dios le concede esta existencia y cuantas le sean necesarias para conquistar su perfección y su felicidad.

Por medio de los bienes materiales el hombre puede ensanchar su inteligencia, hacer en derredor suyo todo el bien posible, sujetarse a las pruebas de la abstinencia de las pasiones, de la temperancia de los vicios, cuando tiene a mano los medios de satisfacerlos y, en fin, puede conquistar una infinidad de bienes morales, sacando a su existencia todo el mayor provecho posible.

Como se ve pues “los bienes, materiales, más que lina adquisición cierta, son medios de adquisición. No se adquiere de un modo absoluto lo que necesariamente tiene que perderse. Los bienes materiales son una prestación durante la vida, que la sociedad hace al hombre que ha sabido aplicar sus conocimientos y desarrollar sus energías sobre los dones de la naturaleza que ha encontrado al nacer. Así que muere, esa prestación caduca y su importe debe volver a la masa social para establecer el equilibrio económico perturbado a veces por la suerte, la prepotencia del capital sobre el trabajo o la demasiada exuberancia de labor individual.

Estas son las consideraciones filosóficas que se deducen de los principios que informan nuestra civilización

cristiana. No es, pues, el socialismo el que hace guerra de muerte a la propiedad; es el cristianismo con sus principios de solidaridad social por objeto y con su base granítica del amor y de la filiación espiritual que une a todos los hombres, lo que viene desvirtuando ese derecho. Y si los socialistas persiguen ese ideal, podemos asegurar que no hacen otra cosa que sacar triunfante el cristianismo, por más que se declaren materialistas.

Si el cristianismo sostuviera el principio absoluto e inviolable de la propiedad de los bienes terrenales no sería consecuente con su doctrina, se haría la guerra a sí mismo, porque sólo por este medio conseguirá que se realice su gran ideal de ver a todos los hombres unidos fraternalmente, y confundiendo sus sentimientos y sus ideales hacia la fuente inmanente de donde todos han surgido.

Señores: Las sociedades cuya civilización arranca del cristianismo, no se han penetrado aún del verdadero carácter y tendencia que encierra. El cristianismo tan sencillo y concreto en su forma y fondo; es sin embargo un árbol cuyas raíces jamás dejarán de extenderse y sus inmensas ramas tendrán siempre espacio para extenderse indefinidamente.

El cristianismo, señores, no es un conjunto de ritos y de fórmulas más o menos vanas; es una verdad practicable y a medida que nos colocamos bajo su sombra, él nos sirve de norte y de apoyo para mejorar nuestras costumbres y reformar nuestros códigos.

Toda religión que se apoye en ella y no dé estos resultados, por más que orgullosamente se declare cristiana, cae bajo el peso de aquella sentencia de su fundador: “ár-

bol que mi Padre no haya sembrado, arrancado será de raíz”. Y para conocer, señores, si el árbol es de procedencia divina, tenemos esta otra sentencia del mismo Jesús: “por el fruto conoceréis si el árbol es sembrado por Dios o por el egoísmo, soberbia y ambiciones de los hombres”.

Toda religión pues que no tiene autoridad moral suficiente, para evitar el desquicio del hogar, toda religión que contemporiza con el juego, con el lujo, con todas las vanidades y que adula a la mujer, que mantiene las costumbres y leyes paganas sobre la inviolabilidad de la propiedad en vez de sostener y predicar la inviolabilidad de la conciencia y enaltecer el sentimiento altruista de la fraternidad de todos los hombres sin excepción, sean cuales, fueran sus opiniones, es una religión que está ya minada desde su base, es un árbol que el Padre de Jesús no sembró y que por lo tanto no prevalecerá.

La limitación al derecho de propiedad que pide el socialismo, es un reclamo justo, aparte del vinculo sagrado de parentesco espiritual que une a todos los hombres y ya las legislaciones de los pueblos cristianos antes que el socialismo, habían iniciado una serie de restricciones como hemos dicho más antes.

Y estas restricciones seguirán aumentando a medida que las necesidades materiales y espirituales crezcan, para restablecer el equilibrio entre el capital y el trabajo, perturbado constantemente por el acaparamiento de la fortuna en pocas manos.

No debemos olvidar, señores, este principio que se desprende de la filosofía del cristianismo: un hombre, el



más inteligente y trabajador jamás puede considerarse como que ha adquirido por su solo esfuerzo los bienes que posee.

La sociedad, bajo variadas formas, ha contribuido a la formación de esa fortuna; la sociedad es socia en comandita natural de todo esfuerzo o trabajo humano.

Luego pues, cuando esa sociedad se liquida por la muerte del hombre, la sociedad es dueña de la parte con que ha contribuido a enriquecerlo. Entre los norteamericanos, que en este punto siguen inás de cerca en la práctica esta filosofía cristiana, los hombres más ricos son considerados como hombres públicos, que no se pertenecen a pesar de sus cuantiosas fortunas; ellos se consideran como administradores y usufructuarios durante la vida de los bienes que han acumulado y por eso, cuando se retiran de los negocios, empiezan a saldar sus cuentas con la sociedad y reparten la parte que ésta ha introducido, en forma de donaciones para escuelas, bibliotecas, universidades, hospicios etc.

No necesito citar nombres: baste recordar que una estadística del año 1906 revelaba que los hombres ricos de esa nación habían hecho donaciones por valor de cuatrocientos millones de dólares. Y aun cuando hubiéramos de considerar que el hombre que ha realizado una gran fortuna en su vida, se la debe exclusivamente a su trabajo, queda en pie el principio cristiano que informa nuestra civilización: “amáos los unos a los otros, porque todos sois hermanos e hijos de un mismo Padre.” Ese origen espiritual de todos los hombres y las razones de justicia que hemos señalado se vienen esclareciendo al amparo de los sentimientos cristianos en las constituciones, códigos y costumbres de los pueblos civilizados.

Se ve pues que entre el socialismo inglés y el que nosotros prohijamos no hay casi diferencia: el inglés lo hace partir de Dios y nosotros lo hacemos partir de Jesús Cristo.

Por último, señores, y para confirmar más nuestra tesis de que el derecho de propiedad a los bienes materiales, ha venido a menos por causa de las ideas y sentimientos cristianos, recordaremos todavía otros pasajes del evangelio que nos dan mucha luz sobre este asunto. Dice Jesús: “no sólo el hombre, es responsable del mal que hace, sino del bien que haya dejado de hacer pudiendo haberlo hecho”. Y agrega todavía: “aquél a quien más se le haya dado, mayor suma habrá que exigirsele”.

Ahora bien: ¿cómo Monseñor D’Andrea ha podido desconocer estas enseñanzas? ¿Cómo no ve que ellas son las que impulsan la marcha del mundo de Occidente hacia la realización de la idea madre que lo informa: el amor fraternal de todos los hombres?

Me explicaría esta actitud, si él desconociera la influencia decisiva del cristianismo sobre nuestra civilización, pero reconociendo su eficacia, sólo me explico su ofuscación, por las ideas paganas que han minado su sentimiento, porque como he dicho ya, considera al catolicismo como una transacción y *modus vivendi* entre el cristianismo y el paganismo. Sólo así se explica que él defienda la inviolabilidad de la propiedad, el sentimiento de la patria chica al que Jesús vino a imprimirle un sello más grandioso y una tendencia sin límites, contra las ideas mezquinas y anárquicas que han dividido a los hombres.

El protestantismo ha estado mucho más feliz que el catolicismo de Pio X, y digo de Pio X, porque, como diji-

mos en nuestra anterior conferencia, el catolicismo de León XII, sacó su socialismo cristiano del evangelio y el catolicismo de Pio X lo ha condenado y obligado a dejar la sotana a sus más conspicuos defensores.

El socialismo del pueblo inglés, no es el socialismo de Bebel y Marx en Alemania, ni es el de Lafargue y Jaurés en Francia, ni el de Ferri en Italia; el socialismo inglés es espiritualista y cristiano. Sugran apóstol es John Trevor que bajo el nombre de “iglesias del trabajo”, sigue instalando muchísimos centros.

“La Unión de las Iglesias del Trabajo”, fundada por Trevor, sostiene estos principios:

**1º** - El movimiento obrero debe fundarse en el movimiento religioso;

**2º** - La religión del movimiento obrero une a todas las clases por la abolición de la esclavitud del salario;

**3º** - La religión del movimiento obrero no constituye sectas ni tiene dogmas, es una religión libre, que deja a cada uno el derecho de desarrollar sus facultades según sus fuerzas;

**4º** - La emancipación del trabajo no puede realizarse, sino a condición de conocer y cumplir las leyes morales y económicas dictadas por Dios;

**5º** - El desarrollo moral del carácter y el mejoramiento de las condiciones sociales son igualmente necesarias para libertar al hombre de la servidumbre social”.

Los socialistas que se declaran ateos y materialistas, hacen así mismo obra cristiana al trabajar por la mejora material de las clases humildes. No debe jamás

juzgarse a los hombres por sus creencias sino por sus acciones, puesto que, como dice San Pablo, el cristianismo es milicia activa y al cristianismo se le conoce por sus obras. Si tenemos fe en que nuestro credo es la expresión de la verdad, tengamos también esa misma fe en que los que lo desconocen y lo niegan han de proclamarla cuando les llegue la hora de ver claro y despejar las nieblas que hoy rodean sus espíritus.

En lugar, pues, de rechazarlos porque no han tenido todavía la suerte de hallar un hombre que los convenza de su error de concepto, atraigámoslos con afectuosa confianza, considerando que, por encima de las teorías y de las creencias individuales, existe un estrecho lazo que nos une y este lazo es la acción altruista, es el sentimiento cristiano que los impulsa a la acción y que en ese terreno práctico, no podemos decir sin una censurable jactancia, que toda la razón esté de nuestra parte.

Jesús demostró este aserto con la elocuencia sencilla de sus parábolas. En la que vamos a citar, podrá comprenderse que Jesús para juzgar si un hombre era bueno y caritativo, prescindía de sus títulos, de su religión ostensible, de si cría o no creía, e iba recto a escudriñar el corazón, a hacerlo hablar con la elocuencia que sólo los hechos lo ponen de manifiesto.

Aquí en la parábola que va a verse, pone Jesús en juego a tres hombres muy distintos por sus posiciones y creencias. El primero es un sacerdote de la religión judía, consagrado por su ministerio a la enseñanza de las altas verdades morales, el segundo un doctor de la ley, que tiene por profesión desentrañar su espíritu, y el tercero, un samaritano, es decir, un hereje, un cismático, a quienes los judíos odiaban cordialmente.

Veamos ahora como se desenvuelve la parábola entre estos tres personajes. Aconteció, dice el evangelio, que un hombre había sido robado y dejado por muerto en mitad del camino. Pasó un sacerdote cerca de él, lo miró y siguió su camino; hizo lo mismo el doctor de la ley, pero un samaritano que pasó el último, se acercó al desgraciado, le vendó las heridas, lo llevó a una posada y después de instalarlo allí, dejó dinero para que lo asistieran, prometiéndoles volver para enterarse de su estado y saldar la cuenta de su curación.

Ahora, Jesús pregunta, ¿quién de estos tres es el prójimo del desgraciado? ¿El que pasa indiferente por su lado ostentando las insignias de la religión, el que enseña con orgullo a desentrañar su espíritu o el hereje, el cismático, el maldito por los sacerdotes que cumple al pie de la letra con la ley de amor?

Apliquemos ahora esta parábola a la época presente y supongamos por un momento que Jesús, vuelto a encarnar, se ve en la necesidad de explicar quién es nuestro prójimo, ¿a quiénes tomaría por personajes? Indudablemente que intervendrían en ella un sacerdote, un protestante y un socialista materialista, de esos que niegan a Dios y la religión y sin embargo se inspiran en el espíritu del cristianismo para propagar sus ideales, y Jesús otra vez, no diría que el verdadero prójimo era el católico o el protestante indiferente al sentimiento de compasión por las miserias humanas, sino el socialista que demostrara ese sentimiento en hechos elocuentes.

Jesús podría reconocer el error del socialista, pero a la vez reconocería que tenía un corazón mejor dispuesto y preparado que los otros que se tienen por maestros de mo-

ral y de virtudes cristianas y sin embargo, cuando llega la ocasión de practicar su divino ministerio, se hacen los sordos y los desentendidos.

Así, pues, señores, es necesario que en todo nos acostumbremos a poner de lado los títulos, las pomposas etiquetas con que algunos se cubren para ocultar su miseria moral y mistificar al mundo ignorante y juzguemos a los hombres según sus sentimientos puestos en práctica.

Por el fruto conoceremos si poseen el verdadero sentimiento cristiano o si se valen de él para satisfacer sus vanidades, ser honrados como los fariseos, con títulos pomposos y dominar así el mundo por el error y la mentira.

Señores: Debo terminar, porque ya he abusado demasiado de vuestra condescendencia.

Como habéis visto, yo no combato la religión cristiana, por el contrario, deseo que ella se sobreponga a todas esas sectas estrechas, nacidas del atraso y también de las ambiciones e ignorancia de otras épocas lejanas, para que la humanidad occidental, encuentre al fin lo que tanto ha buscado con el tesón del instinto natural de su alma y obedeciendo a aspiraciones innatas y eternas: su perfección y felicidad.

Todos vemos que por el camino trazado por el egoísmo llegaremos a una encrucijada sin salida, y que es tiempo de detenernos, desandar la senda equivocada y tomar el verdadero camino que nos conduzca al cristianismo verdadero, al cristianismo de los primeros siglos de la iglesia. Es inútil que por el camino trillado busquemos la felicidad, por mayores bienes terrenales que acu-

mulemos, porque éstos sólo nos servirán para hacernos más desgraciados de lo que ya somos, si mantenemos el grave error de creernos dueños absolutos de los bienes terrenales y no aceptamos la doctrina del evangelio que nos dice: la felicidad no depende de ellos sino del buen uso que hacemos de ellos.

Mi anhelo constante es que la religión bien interpretada y mejor practicada nos dé los goces y los consuelos que no es capaz de darnos el mundo con todos sus halagos y seducciones.

Señores: Penetrémosnos de esta verdad que no me cansaré jamás en repetir: el triunfo del cristianismo depende únicamente del cumplimiento práctico de una única y sencilla palabra: amor. Cuando el amor forme en los hombres un estado primordial de conciencia, cuando todos se penetren del profundo sentido de esta sentencia espiritista: “donde el amor impera todas las leyes sobran”, todo cuando revela el imperio del egoísmo, tribunales, cárceles, policías, ejércitos, habrá desaparecido y el reinado de Dios en la tierra se asentará sobre bases inmovibles.

Recién entonces el Cristo, el fundador de nuestra civilización, podrá dar por concluida su gran revolución iniciada hacen dos mil años, recién entonces, los hombres tendremos paz, felicidad verdadera, porque habremos pagado la deuda contraída con nuestro Redentor y éste verá por fin llegar el día ansiado de ver a esta humanidad redimida por el amor, como el resultado preciso del mismo amor que lo impulsó a su obra de memoria imperecedera.

El día que podamos exclamar: en todo el mundo nadie sufre necesidades, porque todos los hombres se aman, y

se protegen como hermanos, atenuando los más felices la suerte de los más desgraciados; el día que consigamos que nadie pueda quejarse de que está huérfano o abandonado, ¡oh! entonces, así como en un día histórico el emperador Carlos V pudo exclamar con satisfacción y orgullo: “en mis dominios jamás se pone el sol”, así todos los hombres podrán decir otro tanto, cuando el sol del amor — que es el fundamento y el eje en derredor del cual gira todo el evangelio y cuyos rayos pueden penetrar todas las almas, una vez que como el *lotus* de la leyenda hindú abran los pétalos para recibirlos con efusiva ternura —: el sol del amor repito, disipe todas nuestras tristezas y nos infunda energías morales, porque señores, la mayor parte de nuestras tristezas y desencantos de la vida provienen de que estamos en deuda permanente con la conciencia, de que el egoísmo es el móvil que nos inspira en todas nuestras acciones.

El hombre, así que se desengañe de que la felicidad no puede hallarla en la satisfacción de sus egoísmos, comprenderá por fin, que ella sólo existe en la práctica del amor cristiano; en ese espíritu del evangelio que ahora cree haber fielmente interpretado cuando sólo ha vivido en íntimo consorcio con su letra, sobre la cual ha fundado una religión formulista, sensual y materialista sin el sentimiento grande y altruista, sin la acción consecuente en una palabra, que es lo que da el sello de religiosidad al cristiano militante.

Y cuando llegue esa época ansiada, en que todos los hombres, después de la diurna tarea, al entregarnos al descanso, contentos de que nuestras madres, esposas e hijos viven felices en el hogar consagrado por la virtud y el trabajo, y llevemos nuestro espíritu en alas de la imaginación a los hogares pobres, menos felices que los



nuestros, una inmensa alegría, una hermosa tranquilidad de conciencia inundará nuestra alma, al contemplar que ningún hermano nuestro, por insignificante que sea, está desamparado; que esa misma noche, mientras nosotros nos entreguemos al sueño reparador, ninguno sufrirá hambre ni frío, ninguno insomnios pensando en el día de mañana; ninguno pernoctará a la intemperie como hijo desheredado y maldito de la familia humana; que nada en fin, podemos recriminarnos y, por lo tanto, que habremos merecido la dicha verdadera que jamás encontramos por las sendas estériles del egoísmo.

Esta es la aspiración que los verdaderos cristianos queremos se realice y para ello sólo basta seguir a Jesús, que es el maestro y el modelo; y cuando vemos con tristeza que un pescador de almas, un hombre que tiene por ministerio enseñar estos principios en los cuales hallaría el remedio que necesita el alma enferma de la sociedad moderna, se desvia del maestro a quien dice seguir para sumergirse en pleno paganismo y resucitar sus instituciones y sus principios que el cristianismo vino a echar por tierra, no podemos por menos que levantar nuestra voz en contra de tales errores, que por más desautorizada que sea, la abona por lo menos la sinceridad y franqueza que inspira siempre la verdad a los humildes.